PARNASO VENEZOLANO.

SERIE I.—TOMO X.

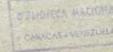
D. CECILIO ACOSTA.



A. BETHENCOURT E HIJOS.

CURAZAO.

1889.





Don Cecilio Acosta

I

L 8 de Julio de 1881 murió en Caracas este gran literato venezolano, cuando contaba los 60 años cumplidos de una vida por demás importante á las letras españolas y á la gloria de Venezuela.

Había nacido en el Distrito Capital de la República, y habían sido sus padres el señor Don Ignacio Acosta y la señora Doña Mar-

garita de Acosta.

La sociedad caraqueña amaba en él un raro ejemplar de las más puras y honorables costumbres llevadas á práctica muy severa; la República toda le respetaba, y se ufanaba de tenerle como á una de sus más brillantes reputaciones y como á ciudadano que era un modelo de amor por ella; el grupo de sus contemporáneos ilustrados le admiraba por sus escritos y por el dón conmovedor de una palabra siempre elocuente; la juventud le miraba como fuerza y luz, en sus acciones y pensamientos, para los senderos de la virtud y el sa-

ber; y el mundo sabio de muchas naciones españolas prestaba á los productos de su poderosa inteligencia una atención esmerada y cuidadosa, recogiendo y atesorando cuanto de su pluma caía en cualquier género de lucubraciones, y considerándole, como de él lo dijo el notable escritor colombiano Doctor Don José María Samper, "una de las más altas glo-"rias de nuestro continente y de nuestra "raza."

Su muerte llevó el duelo en Venezuela á todos los corazones honrados; y á expresar el dolor que ella causaba en el mundo literario, se levantaron voces dignas y autorizadas en

América y en España.

Ante el recién abierto sepulcro se oyeron las frases de pesar que, en amoroso acento, dejó escapar del pecho acongojado el Doctor Don Pablo Acosta, su digno y muy querido hermano; y luego á luego el homenaje de la patria, afligida á un tiempo y contrariada en su deber de honrar al hijo ilustre, en la elocuencia varonil del señor Presbítero Doctor Don José León Aguilar. Bastáronle á éste pocas palabras para interpretar los comprimidos sentimientos de todos los presentes; y bastáronle también para atraerse con ellas la persecución cruel y pertinaz del poder ominoso que por entonces cubría con su sombra á Venezuela.

Largo tiempo hubo de pasar encarcelado, y aun maltratado, el Doctor Aguilar, á causa del homenaje que su pecho amante de la justicia había querido rendir á las virtudes de Cechio Acosta; y con todo, no le fué dable salir de su prolongada prisión, sino obligado

á proseguir sufriendo en un destierro que ha

durado de seis á siete años.

Nadie que hubiese conocido á CECLHO ACOSTA, podía calificarle de otro modo que de hombre de paz, porque su alma, cándida, era la de un niño, y su corazón era incapaz de odio. Y ocurre preguntar: ¿ por qué se ensañaban contra él los poderosos, y eran perseguidos aun los que pretendían honrar en su memoria la severa virtud que le había informado siempre; aquel carácter que el poeta describe cuando dice.

que el corazón entero y generoso al caso adverso inclinará la frente, antes que la rodilla al poderoso!

Era que su mano había trazado cuadros en que él había sabido hacerse el Tácito de ciertas épocas: era que el régimen despótico había sentido más de una vez sobre su encallecido lomo crujir el látigo de aquella palabra suya, vigorosa y terrible siempre que se indignaba contra el mal, contra los vicios, ó contra los farsantes de la política degradada; porque en él, por lo mismo que era sano de intención, de juicio recto y de alma generosa. cobraba toda su fuerza el sentimiento reprobatorio de la maldad, según el cual es, como en la Sagrada Escritura se dice, santa la indignación que se concibe.

"Ceculo no inclinó jamás la frente ante "ningún déspota;" hé aquí una verdad que, dicha así, con la sencillez que ella requiere, dejó ensanchado y contento el corazón del sacerdote que la ama, y enardeció el pecho de infieles magistrados que la temían.

En la triste ceremonia de su inhumación no faltó el homenaje de la Literatura colombiana, pues el señor Don Francisco Alberto Antommarchi presentó á nombre de ella una corona de flores en forma de lira; á tiempo que en un periódico de Caracas se publicaba ese mismo día un hermoso Recuerdo á su memoria por la distinguida señorita colombiana Doña Elmira Antommarchi; y, semanas después, en Bogotá, Don Miguel Antonio Caro y Don Adriano Páez, al par que toda la prensa periódica de Colombia, lamentaban, con voces de profundo sentimiento, la muerte del insigne venezolano.

En el Resumen de Actas, de aquel mismo año (1881), la Real Academia Española de la Lengua consignó en Madrid la expresión de su más sentido pésame, autorizando por órgano de su Secretario perpetuo, el eximio dramático señor Don Manuel Tamayo y Baus, las siguientes, honrosísimas frases, que dedicó á lamentar el fallecimiento de su Correspondiente extranjero:

Don Cremao Acosya, poligloto, orador y escritor elocuente, jurisconsulto y literato de gran valía, á quien el continuo trabajo rindió más gloria que provecho; hombre integérrimo, que dobló la frente à la adversidad

antes que la rodilla al poderoso.

La prensa de Venezuela no pudo en tal oportunidad hacer otra cosa que guardar un silencio relativo......

Más tarde, la juventud venezolana, que constituía el fértil campo en que la doctrina

y el ejemplo de Acosta estaban destinados á prender como semilla benéfica, mayormente en la escuela del buen decir, ha tenido para su memoria recuerdos dignos de ella; y, bien que entrecortadas y restringidas en su principio por las circunstancias, que aun eran como atmósfera pesada que todo lo oprimía, sus manifestaciones de respetuoso homenaje fueron reveladoras de una tendencia justiciera á revivir y patentizar la consideración de sus

grandes merecimientos.

En "La Entrega Literaria," que apareció en Caracas por los años de 82 á 83, interesante Revista redactada por cuatro jóvenes brillantes en la literatura y la poesía, Doctor Don Juan de Dios Méndez, hijo, Don Eugenio Méndez v Mendoza, Don Gonzalo Picón Febres v Don Francisco Pimentel, hijo, (individuo hoy éste último de la Academia Venezolana Correspondiente de la Española), se conmemoró la muerte de Acosta, en el segundo aniversario de ella, con un número especial del importante semanario, el cual hubo de llenarse con escritos del mismo cuya memoria se honraba, viéndose los ilustrados autores del obseguio limitados á escribir una expresiva dedicatoria y nada más. ¡Tal era la necesidad de las circunstaucias, que en vano desearon vencer los nobles adalides del pensamiento!

El silencio de sus compatriotas había de continuar aún en torno á la tumba del malogrado sabio; y sólo de los sauces que la sombrean, en sitio no muy apartado del Guaire, se alcanzan á oír los gemidos por donde ha de prorrumpir el grito aclamador de la poste-

ridad, cuando empieze á clarear el día de la

justicia, que siempre llega.

Algunos años después ha circulado en periódicos de Venezuela y de Colombia un notable, pero muy breve escrito, de autor incierto, que debe de ser persona que, además de tener competencia en bellas letras, llegó sin duda á conocer profundamente el carácter de Acos-TA, v se halla imbuído en las gallardías y primores de su estilo. Es tal vez obra de alguno de los muchos jóvenes ilustrados, y hasta escritores notables, admiradores suyos, que en sus últimos años, recluído ya él casi de continuo, por diversas causas, á su hogar, le buscaban allí para oírle y estudiarle, queriendo comprender la grandeza de su alma, toda bondad v toda ciencia; alto espíritu que parecía de antemano embebecido en las realidades de la vida futura.

Llévanos la reflexión que acabamos de exponer á recordar á Don José Marti, el insigne escritor cubano de mayor nombradía en la actualidad, quien, hallándose en Caracas para los días de la enfermedad de CECILIO, le visitó con frecuencia en el lecho del dolor, le estudió atentamente, le ovó en el trate intimo, le consoló en sus penas, y escribió, después de su muerte, el más amplio, acertado y minucioso estudio que conocemos de lo que fueron el carácter, la ciencia, los talentos y la vida entera de Cecilio Acosta.



CECILIO Acosta siguió sus estudios científicos y literarios en la Universidad Central de Venezuela, en Caraças, cuando

aquella institución funcionaba unida al Seminario Tridentino, del cual era él alumno interno. Dió á conocer desde luego sus grandes aptitudes para el aprovechamiento intelectual, y se captó siempre el aprecio de sus maestros y el cariño y la admiración de sus condiscipulos, por las raras prendas que mostraba al par de rápidos y sólidos progresos; contándose de él que á los trece años comento Los Eruditos á la violeta (obra entonces en boga), y que cuando aun estudiaba la filosofía, y frisaba apenas en los diezisiete, estableció entre sus compañeros clases de Gramática, de Literatura, de Poética y de Métrica, y componia va á hurtadillas disertaciones teológicas y filosóficas, las cuales una vez descubiertas por la habilidad de uno de sus profesores, no sólo llamaron la atención de los individuos del claustro, sino que le elevaron á él, á pesar suyo, á la categoría de consultor general y obligado revisor de discursos.

Concluyó el primer bienio de Matemáticas y completó cursos de Teología y de Derecho Civil, terminando al cabo de lucidos exámenes por optar con lujo de suficiencia al grado de Doctor en Teología y al de Licenciado en Derecho Civil, y por recibirse lue-

go como Abogado de la República.

Si aprovechó en las ciencias filosóficas y en las políticas, llegando á ser con el tiempo un jurisconsulto de nota, cuya opinón se solicitaba y oía con respeto, y un publicista erudito; no fué menos aventajado en las eclesiásticas, en las cuales pudo ser siempre consultado con éxito; ni menos aún dejó de profundizar las matemáticas, siendo éstas las que su privile-

giada inteligencia abarcaba con más amplio horizonte, y en las que, si se hubiera aplicado á ellas con la casi exclusiva consagración que reclaman á sus cultivadores, habría sobresalido al par de los más eminentes profesores.

Lanzóse á la vida práctica con esta anchísima base de conocimientos profesionales, los cuales á su vez iban cimentados en otros muy importantes y copiosos de lenguas y erudición.

En ellos había de ahondar cada día más y más, hasta poder exhibir frutos notables de su grande aprovechamiento y extensa sabiduría.

Fué conocedor profundo de la lengua y la literatura española, antigua y moderna; y no fué menos suya la lengua latina con su literatura, que lo fueron la francesa, la inglesa, la italiana y la alemana, en todas las cuales gustaba de hacer estudios comparativos; sorprendiéndosele muchas veces, en su modesto gabinete, con seis ó siete libros abiertos por delante, diversos en idiomas, y él inclinado sobre ellos, yendo y viniendo de uno en otro, como abeja que libaba en diferentes flores el jugo con que había de preparar la miel de sus conocimientos.

Tan honrado, tan sabio como fué, no desempeñó nunca cargo alguno público; y sólo se recuerda de él que, en uno de los años de su juventud, fué Catedrático en propiedad de Economía política en la Universidad Central de Venezuela.

Jamás quiso, aunque en varias ocasiones le hubiesen sido ofrecidos, tomar á su cargo puesto alguno de importancia política. Mas no por eso dejó él de servir práctica-

mente á la patria y á la humanidad.

Las sirvió con su pluma en campo de actividad; y ya fuese como polemista, ó ya como publicista, sus escritos fueron en determinadas circunstancias obras de utilidad positiva en cuestiones de interés general, triunfando una vez contra la autoridad, que "le respetó vencida," como lo dice su primer biógrafo el señor Doctor Don Rafael Seijas, y dejaudo en otras documentos oficiales, ó cuerpos de leyes, que rigen con el vigor constitucional que han menester para ser de la nación.

Su vida la pasó, pues, en casi toda la duración de ella, dada á las tareas profesionales, de las cuales sacaba los escasos recursos que le permitieron salir apenas de la estrechez en que más grande lucía su fama de escritor inimitable y ciudadano incorruptible; y la pasó igualmente en el estudio asiduo de las ciencias, lenguas y literaturas antes nombradas, sin otro deleite que el que le proporcionaban los libros y el ejercicio de su pluma, único amor suyo, después del grande, profundo y expansivo que tuvo siempre á su buena y querida madre.

De este afecto y de aquellas ocupaciones hizo él las delicias de su existencia, que pasó sin el ruido material que proporcionan la fortuna ó el poder, pero iluminada siempre por los rayos de una fama á que sólo le habían llevado su virtud y su ciencia.

CECILIO, llamándole por su nombre á secas, que fue como le distinguieron sus compañeros y amigos, los literatos y poetas americanos de su época, no fué nunca, como ya lo

hemos dicho, más que lo que dicen y significan esas siete letras; y con ser eso solo, con ese único tesoro inapreciable, se ganó una página brillante en la posteridad; la que corresponde á uno de los que merecen ser tenidos por amantes generosos de la humanidad, porque la han servido con total olvido de sí mismos; la que se debe á un modelo acabado de virtud privada, tierno en la familia, ingenuo en la amistad, dulce y paternal con todos; la que toca á un sabio de aquéllos que, como decía él mismo, "si hablan, enseñan; si obran, al-"canzan; si reforman, crean; y cuando mue-" ren, aunque sea en la desgracia, mueren " tan magnificamente como el sol, entre cela-" jes de carmín y plata y cortinas de riquisi-" ma púrpura.

Como era su alma pura y afables sus modales, así fué siempre bueno; y de él puede decirse, sin peligro de exagerar, que pasó la vida haciendo bien. La moneda ó el cestillo en que él daba de limosna aquello único que tenía, sus ideas ó sus consejos, eran la elocuencia de su frase, su pluma excelsa, ó la fácil vena de su musa, acaso no bien conocida todavía. Por eso pudó escribir de él, con toda verdad, Don José Martí, como quien tan á fondo le conoció: "Cuando tenía que dar, lo daba "todo: y cuando nada ya tenía, daba amor y "libros. ¡ Cuánta memoria famosa de altos "cuerpos del Estado pasa como de otro, y "es memoria suya! ¡ Cuánta carta elegante, "en latín fresco, al Pontífice de Roma, y son "sus cartas! ¡ Cuánto menudo artículo, re-"galo de los ojos, pan de la mente, que apa-"recen como de manos de estudiantes, en los

"periódicos que éstos dan al viento, y son de "aquel varón sufrido, que se lo dictaba son-"riendo sin violencia ni cansancio, ocultán-"dose para hacer el bien, y el mayor de los bienes, en la sombra! ¡Qué entendimiento "de coloso!; qué pluma de oro y seda! y "; qué alma de paloma!"

"En sus escritos se dibuja la bondad de su alma, donde no caben ni odio, ni rencor, ni veneno," dice el Doctor Seijas. "Tienen el candor y franqueza de la vida inocente como es la suya, del patricio que llora en los infortunios de nuestra madre, que anhela por la dicha y prosperidad de ella, en el acrecentamiento de las industrias, el giro de capitales, la labor de la tierra, el sosiego de los ánimos, la unión de los hijos, con olvido de años revueltos, del tiempo perdido para el progreso, la bienandanza y la satisfacción de premiosas necesidades."

Los dos trozos que se acaban de copiar dejan bien dicho lo que fué Crento como individuo que amó la sociedad y la sirvió siempre con abnegación amorosa. Le vimos en muchas ocasiones practicar el bien de esa manera, y jamás presenciámos una negativa de su parte á servicio que se le exigiese por religión, por patriotismo, ó por amistad. Horas, y días, y semanas, se le iban con frecuencia en trabajar graciosamente aquello en que había de aparecer la defensa de una causa justa, ó el éxito lucido de un amigo que lo necesitaba.

CHICASON CONTRACTOR

Talento poderoso de Cecilio, su gran saber, la singular facultad de expresión que hacía de él uno de los más ingeniosos artistas de la palabra, su inimitable gusto en la elección, y aquella imaginación estupenda, que revestía de rara magnificencia los pensamientos: todo, todo lo que informa al escritor, fué en él causa de la maravillosa manera individual de ser que adquirió como insigne hablista por una parte, y como profundo pensador y severo juzgador, por la otra.

Su estilo era suyo, enteramente suyo; y en vano sería el ir á buscarle modelos como imitador. Si en su lenguaje se hallan moldes clásicos, son los del carácter general del hábla de Castilla; son los arquetipos de la más propia dicción castiza. Embebecido él, por decirlo así, en el arte y el gusto de todos los grandes escritores españoles, antiguos y modernos; conocedor del genio y las tendencias de cada cual; admirador entusiasta é idólatra de todos ellos, bien puede asegurarse que á ninguno siguió en particular, pero que en todos bebió y de todos tomó las dotes fundamentales que dan la índole pura de la lengua. Y conocedor perfecto, además, del idioma latino, sin lo cual, lo creemos con sinceridad, no es posible que haya el tino de llegar como por intuición á la esencia de fondo en giros y construcciones, ni á la pureza de formas y maneras, de esta otra lengua que fué romana entre los castellanos, él era por lo mismo poseedor de los secretos de estilo y de las galas figurativas que dan su mayor riqueza al len-

guaje español, y proporcionan base inconmovible para levantar con primoroso arte el edificio de su belleza y propiedad. No le era menos familiar Virgilio que Garcilaso y Cienfuegos; ni se mostraba menos poseedor de las formas típicas de Horacio, que de las de Jorge Manrique, de las de Luis de León y de Quintana; ni hizo menos especiales estudios de Ovidio y de Propercio, que de Rioja, de Mendoza y de Meléndez; ni le encantaba menos Cicerón, que Jovellanos ó Castelar; y tan conocidos le fueron los Padres de la Iglesia, con su rica y salvadora doctrina, y con su expresión grandilocuente, como sabía abismarse en las profundidades místicas que, con las más hermosas gallardías del pensamiento, dejaron los escritores devotos y ascéticos españoles de los siglos XVI y XVII.

Lo dicho va por lo que hace á los elementos de su brillantísimo, deleitoso v exquisito estilo, clásico á un tiempo y rico de novedades originales, fundador de escuela, y difícil de imitar por lo vasto de la ciencia en que se apoyaba quien, con las más poderosas alas de imaginación y de arte, sabía elcvarse también á las más sublimes regiones de la inspiración, del sentimiento y del gusto. Y por lo que toca á la doctrina y materias en que versaron sus lucubraciones, ahí están sus escritos, serios y profundos, no comprendidos acaso, aunque sí admirados, por las generaciones patrias que le han visto cruzar por el cielo de la literatura como un meteoro luminoso que atraviesa nubarrones oscuros. Contémplase con asombro la sabiduría que en los más leves detalles de su pluma

Acosta

revela: no es la erudición indigesta del cronista, que aturde con las citas que bien puede ir tomando de libros que tiene abiertos por delante : son las verdades de la ciencia y sus conclusiones, meditadas y juzgadas de antemano, con un criterio tan alto como propio y seguro, que no se da á las futilidades de inútil peroración. Si por los campos de la historia se entra, la lleva en la mano, y no la expone como los que presumen ignorancia en sus lectores, sino que, honrando á éstos, filosofa no más, y ve en el fondo de las edades viejas lo que hubo y lo que pudo ó debió haber, según el estado del mundo en cada época y conforme á la civilización de que dan testimonio los sucesos y la vida de los pueblos. Si penetra en el terreno de las teorías filosóficas, tiene para cada doctrina y para cada investigador, ya hubiese sido de buena ó ya de mala fe, un calificativo que lo dice todo, y es como su juicio ó su sentencia. Si se avanza á investigar en pos de las verdades morales, ó en los campos y las conquistas del derecho: un conocimiento profundo del corazón humano, un acatamiento razonado á lo eterno y á lo justo, un deseo vehemente del mejoramiento social, y un dolor grande por las maldades de que hace el mundo pretexto á las enseñanzas religiosas y políticas, le inspiran los más grandiosos pensamientos y le dictano apotegmas, que por ahí han quedado para servir de norma ó escudo á los principios, cuando llegue el tiempo de que se los aprenda y se los medite y estime en lo que valen. Si desciende á apreciar el valor literario ó científico de un siglo, y su entronque con los demás, allí le veis causando la admiración de los que le oyen; ó si del estado político actual ó futuro de una nación ó continente habla, es profecía lo que de su pluma brota, y debe ya esperarse en muchas ocasiones el cumplimiento de lo que él conjetura casi siempre con rarísimo acierto.

Con razón, pues, ha dicho Don José Martí: "Era su mente como ordenada y vasta li-"brería, donde estuvieran por clases los asun-"tos, y en anaquel fijo los libros, y á la mano

"la página precisa."......

"Todo pensador enérgico se sorprenderá, "y quedará cautivo y afligido, viendo en las "obras de Acosta sus mismos osados pensa-

" mientos".....

"El exprime un reinado en una frase, y "es su esencia: él resume una época en "palabras, y es su epitafio: él desentraña "un libro antiguo, y da en la entraña....

"Aquel creyente cándido era en verdad un

"hombre poderoso......

"Qué leer!.... Así ha vivido: de los li-"bros hizo esposa, hacienda é hijos

"Acosta, que no dejaba de la mano á Jo-"vellanos,.... le vence en castidad y galanu-"ra, y en lo profundo y vario de su ciencia."

IV

ADA tiene de singular que quien así sabía, y tánto sabía, y quien de tal manera lo mostraba al mundo, se hubiese atraído la admiración de propios y extraños.

Creció su fama al suave impulso con que

le iban dando á conocer sus obras; y pronto se vió en su modesta vida rodeado del respeto y la consideración de cuantos le trataban, y de la admiración de muchos sabios y eminentes escritores de ambos mundos. Corporaciones científicas y literarias respetables de uno y otro hemisferio le atrajeron á su seno, y coronaron aquella pensadora cabeza con los laureles de su institución, prodigándole espontáneamente títulos y honores. El pudo, sin buscarlas, y á veces sin imaginarlo siquiera, ensanchar y extender sus relaciones, al través de países diversos, precedido y acompañado tan sólo de los dones y galas preciosísimas de su pluma inimitable.

Además de sus lauros académicos universitarios, y de haber sido, como ya dijimos, Catedrático en propiedad de la clase de Economía política en la Universidad Central de Venezuela, obtuvo triunfos en que se mira realzado, sin duda, su gran mérito, y de que sólo él es causa.

Fué miembro de número de la Academia de Ciencias Sociales y Bellas Letras, que existía en Caracas por los años de 1869; y en ella, con motivo de un certamen que dicha Corporación celebraba en honor del mismo Acosta y en muestra de agradecimiento á la Real Academia Española, pronunció él el más elocuente discurso académico que se ha oído jamás en Venezuela, porque él tenía como orador, además de los atractivos de una composición acabada, los más raros aún de una expresión arrebatadora y sublime, ya lo hiciese como improvisador admirado que solía ser, ya se prepa-

rase escribiendo una obra maestra de la oratoria puramente literaria.

Perteneció à la Sociedad de Ciencias físi-

cas y naturales de Caracas.

La Real Academia Española de la Lengua le nombró, á propuesta de Don Leopoldo Augusto de Cueto, Don Eugenio de Ochoa v Don Ramón de Campoamor, su Correspondiente extranjero en Caracas, cuando aun no existía la Academia Venezolana; y todo por espontánea iniciativa de aquellos tres ilustres ingenios españoles, que aplaudían y recomendaban las obras de Acosta á la Corporación maestra, y, como lo dice el Doctor Don Rafael Seijas, comentando este hecho, "sin ha-"ber él salido del hogar de sus padres, ni "acompañado la autoridad de sus produc-"ciones con la de su presencia y gallardo " decir, ni encumbrádose en alas de la espe-" ranza, ni del patrocinio, ni por ninguno de "los rumbos donde la flaca humanidad se " halla envuelta en la noche de las ilusiones."

La Academia de Bellas Letras de Chile le nombró socio suyo honorario.

Igual nombramiento hizo en él la Academia Colombiana Correspondiente de la Española.

La Comisión Ejecutiva del Congreso Literario Internacional le designó por Miembro suyo Honorario.

Fué Miembro Correspondiente del Congreso de Americanistas,

De Francia fué condecorado con las Palmas Académicas.

De la misma Nación obtuvo el nombramiento de Oficial de la Academia Francesa, · La Sociedad Filelémica de Turín le envió el diploma de Presidente Honorario de ella, y le dió delegación para constituir las Sociedades Filelémicas Correspondientes suyas en la América Latina; labor á la cual no pudo él consagrarse por lo avanzado que estaban ya sus padecimientos.

V

ta, jurisconsulto de nota, orador elocuente y alto poeta; este escritor clásico por la propiedad de su expresión; maestro hoy en sus obras de aquella parte de la nueva generación literaria que aspira en Venezuela á no contaminarse con la decadencia; que fué allá, como nos parece recordar que alguien lo ha dicho, la última expresión del estilo puro y de la buena y verdadera dicción castiza: este sabio, decimos, que tanto trabajó, no dejó, sin embargo, sino muy pocas obras en forma de libro, aun cuando fueron inumerables sus escritos sueltos.

Hay algo así como una esterilidad relativa en esa existencia que á tanto pudo llegar, cuando era poderoso y fecundo su cerebro, vasta y variada su ciencia, incansable su labor intelectual. ¿ Qué le faltó, pues? Lo que á toda la nación en los días en que á él le tocó vivir y morir: paz, sosiego y estímulo. Tiempos menos revueltos, sociedad menos indiferente y menos egoísta, gobiernos justos y más atentos al mérito que á la servilidad y á la bajeza, con una generación más vigorosa y seria, ha-

brían hecho de nuestro insigne sabio un fecundo autor de numerosas obras concebidas y ejecutadas bajo un plan determinado de utilidad verdadera en la doctrina y de belleza en la forma.

No obstante lo dicho, la mies fué abundantísima en los campos de ese trabajador asiduo; y por ahí andan los frutos que dejó reclamando una mano amiga que los recoja, y los ofrezca al público como delicioso y sano manjar que á tiempo le vendrá para su contento y su provecho.

¡ Ojalá no esté distante el día en que por efecto del verdadero patriotismo se vean sus obras coleccionadas y atendidas con la honra que merecen en las bibliotecas públicas y pri-

vadas!

Sus escritos en la prensa periódica, ya filotógicos, ya históricos, ya literarios, ya políticos, fueron muchos, haciendo cuerpo aparte por su especial mérito los que publicó como polemista invencible.

Otro grupo de sus producciones lo consideramos formado por la correspondencia epistolar, que él sostuvo asiduamente con eminentes escritores de España, Colombia, Chile, República Argentina, Uruguay y el Brasil, y con personajes hispano-americanos residentes en Europa, casi siempre sobre temas importantes de literatura ó política, ó en las solas expansiones de amistad con que retribuía, agradecido, el aprecio y la admiración de que se contemplaba objeto por parte de sus corresponsales. "Las cartas de Acosta," dice Don Adriano Páez, que fué uno de los que mantuvieron con él frecuente é intima correspon-

dencia, "son modelos de buen lenguaje, de "elocuencia y de sentimiento. En ellas de-"ramaba los tesoros de sensibilidad, de ter-"nura y poesía que encerraba su alma." El mismo distinguido escritor colombiano dice en su artículo biográfico referente á CECLLO, que "su correspondencia formaría un volu-"men que sería una de las joyas de la lite-"ratura española."

Careciendo nosotros de una noticia detallada y cierta acerca de sus obras, sólo podemos mencionar aquí los siguientes *Opúsculos*, que recordamos ahora, publicados por él:

FUNERALES DEL ILLMO, SEÑOR ARZOBISPO

Mosquera.

Cosas sabidas y cosas por saberse; ó Federación colombiana — Tolerancia política — Universidades é instrucción elemental — Cuestión holandesa.

Estudio sobre Europa y los Estados Unidos de la América del Norte.

LA CARIDAD.

PRÓLOGO al Tratado de Legislación comercial comparada del Doctor Don Ricardo Ovidio Limardo.

Discurso pronunciado en el Certamen Literario que la Academia de Ciencias Sociales y Bellas Letras de Caracas celebró el 8 de Agosto de 1869, en el salón del Senado, en obseguio del Orador y en correspondencia a la Real Academia Española, por haberle este Cuerpo nombrado Socio suyo en la clase de Académico Correspondiente extranjero.

EILOLOGÍA. - A Eduardo Calcaño.

Estudio en que se examina la causa de la desgracia de Ovidio.

Juicio Crítico sobre la Oda de la señora Dolo-

res Rodríguez de Tió, intitulada "La Vuelta del Pastor."

Y, sobre todo, las obras que dejó inéditas, á saber:

Tratado de Derecho Internacional, que, por desdicha, quedó incompleto, aunque ya casi terminado.

CUESTIONES DE ACTUALIDAD EN LA CIVILIZA-CIÓN CONTEMPORÁNEA. Obra extensa en que el sabio tratadista entra en el conocimiento y juicio de muchos temas muy validos hoy en la discusión del mundo.

INFLUENCIA DEL ELEMENTO HISTÓRICO-POLÍ-TICO EN LA LITERATURA DRAMÁTICA Y EN LA NOVELA. Esta obra fué publicada en 1887 por su hermano el señor Doctor Don Pablo Acosta (Caracas, Casa editorial de "La Opinión Nacional").

Es de este lugar repetir la mención justa de muchos documentos especiales y trabajos suyos, que, debido á su benevolencia rayana en la piedad sincera, andan por ahí con nombre ajeno; y, más que todo, su importante colaboración en las tareas de la Real Academia Española de la Lengua, á la cual envió más de mil cédulas con que quiso contribuír á la última edición del Diccionario, y en las cuales se hallaban definiciones de voces nuevas propuestas por él, ó enmendadas las de muchas otras que lo necesitaban; de donde procede que su nombre figure en la lista que lleva el Diccionario de los Académicos Correspondientes americanos que han auxiliado á la Academia en los trabajos de dicha edición; y, por último él fué autor de un Código Penal, que luego tuvo la sanción del Congreso. SEFECT WATIDAY

CARNEDS - NETHELELA

Vese ahora, en rápida ojeada, que sus obras darían varios volúmenes de colección de escritos sueltos diversos, que son muchos; uno, á lo menos de sus cartas familiares, ó sobre literatura ó política, que valdrían tanto como las de Jovellanos en el fondo y solidez de los juicios, ó en la variedad y el tono del estilo; un tomo que darían sus *Opúscules*, el volumen de sus poesías, y los que resultasen de sus obras inéditas.

VI

A EINIENDO á hablar de Cecilio como poeta nos place invocar, ante todo, la autoridad de Don Felipe Tejera, cuando en aquel de sus Perfiles Venezolanos correspondiente á nuestro autor, dice que "lo es tanto " en prosa, que ciertos escritos suvos encie-" rran más poesía que otros poemas rimados." Y así es la verdad. Pero algo así como perplejo se deja ver el señor Tejera cuando asienta que "nada puede decir del señor Acosta "como versificador;" y pasa luégo á mencionar y juzgar las dos composiciones en verso que de él incluyó Don José María Rojas en su Biblioteca de escritores venezolanos contemporánees, "La CASITA BLANCA," del género pintoresco y sentido, y el soneto A LA LIBERTADA que es uno de los más enérgicos y grandiosos que hay en nuestra lengua; para tratar después de LA GOTA DE ROCIO, y del famoso é inolvidable dístico, de mérito incomparable, que hizo Acosta para el epitafio de una niña. Al fin dice Don Felipe Tejera:

"No conocemos otras composiciones del "Doctor Acosta; pero ojalá se recopilasen y "diesen á la estampa las que dejó inéditas, "así como sus numerosos trabajos científicos "y literarios, para que el público pudiese a- "preciar en conjunto la riqueza de doctrina, "poesta y lenguaje que ellas contienen."

Antes de cerrar su juicio sobre las citadas composiciones en verso, con el párrafo preinserto, el señor Tejera había rendido merecido tributo de justo elogio, y del modo magistral y atinado con que él sabe expresarse, al pri-

moroso estro de Cecilio.

Y fué lástima que él no conociese otras composiciones en verso, porque hubiera podido decirnos mucho más del ingenio poético de Cecilio; nosotros tonemos ahora á la vista bastantes en diversos géneros, y aun no son todas las que pueden conseguirse de él.

Se nos viene aquí la ocasión de decir que este escritor no cultivó este ramo de las bellas letras de un modo expreso; no gustaba de que le considerasen poeta ni se tenía por tal; no porque él despreciara la poesía, lo cual hubiera sido indigno de su gran talento y recto juicio, sino, al contrario, porque pensaba muy alto de lo que ella debe ser, y, no habiendo tenido casi nunca vagar para consagrarse á su cultivo, juzgaba, como él mismo lo dijo: "endurecido su espíritu á causa" de los estudios rudos y ásperos;" se contemplaba "sin más recuerdos de los amenos "que los de la primera edad;" sentía "abatida" su alma," y creía que él "no tenía alas para "remontar el vuelo" á las regiones de la inspiración. Pero Cecuso amaba la poesía,

idolatraba á los que han representado en la bella literatura universal la estirpe rara de sus cultivadores felices, y tuvo una vez, entre otras, los más grandiosos y elocuentes pensamientos para hacer el elogio de la imaginación, presentándola como la facultad eminentemente creadora, el blanco del mundo de la

estética, y la razón de ser del poeta.

CECILIO ACOSTA fué, aunque sin cultivar expresamente la poesía, distinguido poeta; versificador fácil, de más suelto estilo en la rima que en la prosa, y avalorado, además, su lenguaje por una dicción poética de escuela clásica en la forma, que bien puede servir de modelo y ejemplo, así como soporta la comparación con las más notables autoridades de la poesía española en ambos hemisferios. Ni los siempre citados León y Garcilaso en la escuela clásica española antigua, ni Bello ó Baralt en la nuestra moderna, habrían desdeñado la paternidad de ninguna de sus composiciones poéticas.

Su estilo, con todo, es enteramente peculiar y suyo en la poesía, como en la prosa. El sello individual de sus singulares concepciones está en aquélla impreso, de modo que se descubre al momento su personalidad intelectual. Osado el pensamiento, concisa y bien castigada la frase, espejo de propiedad en la dicción exenta de ripios y hojarascas, rápida la expresión en lo general, puede leérsele sin posible cansancio, porque á lo breve de sus composiciones, y á lo musical de sus cláusulas rítmicas, se une el interés que en su fondo y detalles despierta el objeto, y que deja el ánimo del lector deseando, en cada caso, la conti-

nuación, y lamentando fuese tan mínimo el

asunto escogido.

Escribió versos en diferentes metros y fueron varios los géneros en que ejercitó su numen, si bien fué en todo demasiado parco, por la razón ya expuesta, y no dejó

ninguna composición de aliento.

Hizolas casi todas por condescendencia, en los últimos años de su vida; y esto explica, sin duda, el escaso número de ellas y la ligereza de los temas en que dejaba campear su estro. Escribía sus versos entonces, va para el álbum de alguna niña, al correr de la pluma, en el momento en que se lo presentaban; ya para responder á un amigo que en romance le había escrito; ya para dar evasión á la ternura de sus sentimientos filiales, ó á un pasajero deseo de conversar con las musas, emulándolas en su divino lenguaje. Pero él tenía el hábito de ser maestro, y si pulsaba la lira, por breve que fuese el asunto, hacía vibrar en ella una nota cuya resonancia estaba destinada á durar lo que la lengua en que la estampaba.

En la juventud había él dado á conocer sus excelentes facultades para la poesía con muy pocas composiciones, que fueron por sí solas, como si dijéramos, el testimonio justificativo

de su carácter poético.

• De las de entonces sólo se han podido lograr un precioso Romance escrito para el álbum de una señora en 1848; su elegía A la memoria del joven José Vicente Franceschi, cumanés, en 1852; unas delicadas quintillas para un álbum tituladas A una hoja disceada del mismo año, y alguna más que no recordamos.

De aquellos mismos tiempos son por ventura los Fragmentos de un Poema titulado "LA Mu-JER," que dejó escritos, y los cuales revelan que hubo en él, esa vez á lo menos, el propósito determinado de ejecutar una obra poética larga y seria. Lástima es que dicho Poema quedase apenas principiado, pues prometía ser de notables proporciones. Sólo se conservan de él veinte y cuatro octavas reales. Empieza á cantar á la mujer con Eva en el Paraíso, la sigue al través de la historia antigua, muestra en breves rasgos los atractivos que para el hombre tiene en la edad moderna, y prepárase va á elevar el himno de su inspiración á la mujer americana, cuando, por desgracia, suspende el canto para no volverlo á entonar.

Sin hablar del plan ni los detalles de este Poema, diremos solamente que su asunto, juzgado por la sola exposición, parece que hubiese sido mostrar el grande influjo que ha tenido la mujer en el destino del mundo, causando á veces las revoluciones más trascendentales en los siglos ; y por eso, Eva es eu el Poema la primera á cuyos hechizos cae Adán en el pecado de la desobediencia, arrastrando en él á la humanidad ; y Helena aparece á causar la guerra y destrucción de Troya; y Lavinia es la causa de una transformación que viene acaso á señalar origen asiático á la raza de los dominadores del orbe; y en Andrómaca exhibe el ánimo siempre igual de una mujer fuerte, que, por la fidelidad conyugal, aun muerto el esposo, resiste con grandeza en la adversidad, y salva su virtud.

En los fáciles y melodiosos versos de estas octavas, y en su épica entonación, se echa

de ver á un alto ingenio poético empapado en la clásica latinidad del siglo de oro de Roma, con grandes dotes para la descripción, siguiendo también á los griegos Píndaro y Teócrito. En esta composición vemos al imitador feliz de Virgilio, como quien le llevaba siempre en la memoria, y conocía maravillosamente su estilo; así como en la elegía á la muerte del joven cumanés Franceschi, Horacio es el que priva; y siguiendo la huella del mismo Horacio, admiramos en su *Romance* ya citado de 7848, la ingenuidad y gracia de Anacreonte.

Veámosle describir á Eva en el Edén, con gracias que son el preámbulo de la seducción que ejerce en Adán :

Míra como Eva en el Edón pasea En largas calles de árboles sombríos. Y cómo á verla cuán gentil campea Del monte al valle bajan claros ríos. El viento, por que pase, el suelo orea. Y ledo y manso sopla sin sus bríos; Ella en tanto, con marcha majestuosa, De Adán parece y del jardín la diosa.

¿ Qué falta á la tirana? Su cabello. Del oro envidia, á la gentil cintura Ondeando baja desde el albo cuello. Para medirle en torno su figura. Su andar, su tez, sus ojos, todo es bello ; No tiene par tan peregrina hechura ; Y no parece más sino que el ciclo Rompió, al formarla, el único modelo. Si los labios entreabre en fácil risa, Tras de granates finos y corales Un tesoro de perlas se divisa. Menudas, blancas, en extremo iguales. Correr entonces vese leve brisa Á robarle la miel de sus panales. Y volverse después á sus verjeles Para empapar los lirios y claveles.

Bellísimo es el recurso de que el poeta echa mano después para realzar las galas naturales y la hermosura de Eva: la incomparable madre de la humanidad ve su propia imagen en el espejo de las aguas del Edén, se encanta con ella, y quiere adorarla:

Por entre alfombras de eternal verdura. Corre una fuente de bruñida plata, Que baja presurosa de la altura, Y en el flano sonando se dilata. Eva mira al pasar, y una figura De entre las linías sale y la retrata. Se pasma al ver tan acabado bulto Y quiere ya de hinojos darle culto.

Luce, sin deshacerse, en su mejilla Delicado carmín entre la nieve, Y el vivo fuego de sus ojos brilla Do la lumbre jamás á entrar se atreve. Ansia la madre asir la maravilla. Y que es vano su afán conoce en breve: Acércase, y se accrea también ella. Retírase, y también la imagen bella.

Cuánta fuerza en el concepto no se ve en esas estrofas que exhiben, cada una un cuadro, y todas juntas una hermosa perspectiva

de la historia ó de la fábula, encerrando una sola á las veces todo un período, y ella no más equivalente á un poema. Véase en el canto que corresponde á Helena la guerra entera de Troya, con su destrucción, reducida á la siguiente octava:

Trábase la pelea á mnerte ó vida:
Por todas partes sangre ó choque duro:
La ciudadela, acá y allá batida,
Se estremece en su asiento mal seguro.....
Pasan dicz años.....; Pérgamo destruída,
Sin familia el hogar, por tierra el muro,
Yacen, y Troya fué!.....Y esta victoria
Pué para Helena prez, venganza y gloria!

En el cuadro de Andrómaca resistiendo á los halagos de Pirro, y recordando fielmente á Héctor, todas las estrofas son de una gran valentía. La noble viuda estima un insulto que el rival de su esposo se atreva á compararse con él, y lleve su libertad hasta nombrársele. Ella entonces prorrumpe así, indignada:

¿ Héctor dices? responde...; ah! no profanes Ese nombre inmortal de alta memoria: Héctor fué un dios lidiando... no te afanes En igualar la tuya con su gloria. La suya fué sin par: los capitanes Leen encantados su brillante historia; Y á Héctor se debe y á sus hechos miles El claro nombre de tu padre Aquiles.

3

La épica entonación del *Poema* se sublima en la parte que sigue del discurso de Andrómaca:

Aun recuerdo aquel día.... Héctor volaba Acaudillando nobles paladines.
Y sobre el duro casco descollaba Garzota espesa de sangrientas crines.....
Era Mayorte mismo.... Ya tocaba
La ribera del mar y sus confines....
; Ah! no entonces un dios le traicionara,
Y estos hierros que llevo no llevara.

Pero no es posible seguir haciendo citas de esta composición, toda bella en sus detalles, y en la cual cada octava es un cuadro de precisión suma y colorido hermoso, como ya lo hemos dicho, porque habría que trasladarla entera.

En la elegía antes mencionada, hallamos las famosas, quintillas de la sublime sencillez, corte, sabor y arte clásico de Fray Luis, en estilo puro de Horacio. Lamenta él la muerte de su amigo, que había abandonado el hogar por irá Caracas tras el lauro de los estudios y en pos de las visiones del porvenir. Interroga á la muerte, que así suspende y troncha una carrera brillante:

; Tremenda, airada muerte ! ; En qué esa perla, dí, pudo ofenderte ?

Y luego se vuelve al mismo amigo para apostrofarle en su dolor, y nos parece sentir entonces aunque con diferente objeto y en más exacta y rápida manera expresado, la misma impresión que al leer en Horacio:

.....0 quid agis? Portiter occupa Portum! Xomue vides, ut Nudum remigio latus, Et malus celeri saucius Africo, Antenneque gemant? ac sine finibus Vix durare carino: Possint imperio imperiosius Œquor?....(Lib. 1. Ode XIV).

En efecto: CECILIO prorrumpe en esta exclamación de dolor, y su recurso alegórico avasalla la atención por la fuerza del arte:

> ; Por qué en menguados días Te hicistes á la mar tan inexperto ? ; El huracán no vías ? Evíta, evíta el puerto, Y hacía el tuyo te vuélve en rumbo cierto.

El quiere que vuelva al hogar, porque sabe que allí se salvará. Es una especie de reflejo póstumo de la esperanza; ese dudoso acaso que nos desespera más aún en muchas de las desgracias de la vida ya consumadas.

Lo expresa así:

Inclina atrás la prora.
Inclina pronto, córta el mar salado.
Y llega sin demora;
Que allí, al materno lado.
No se atreve (¡lo juro!) á herirte el hado.

De las esperanzas perdidas en el joven y de los afectos maternales y de familia, saca el autor tema bastante para una oda horaciana de alta entonación, que sigue desarrollando con primor, y la termina con una invocación á la Fama y un apóstrofe á Cumaná, que cierran admirablemente el cuadro:

Tú, que á la luz igualas, Y la esfera devoras en tu vuelo, Fama, deten las alas, Y píde antes del Cielo, Para llevar allá, voz de consuelo,

Dí que en Cristo murió; Que sus ojos, tras esto, un hombre santo El mismo le cerró, Y que, en lugar de llanto. Suavísimo se oyó celeste canto.

Viviera ; ay !.....; ojalá! Y Caracas hiciera vanagloria De tu hijo, Cumaná. Unida así á tu historia. Tocárale algún lampo de tu gloria!

Así versificaba, como los maestros y los modelos clásicos de la dicción poética española; y así era poeta Cecillo Acosta todavía en

los primeros años de su juventud.

Parece que se ausentara desde entonces del Parnaso, para no volver á él sino ya en los años de su madurez, disponiendo entonces á su placer de la facultad que tenía para usarla cada vez que la necesitaba.

Quedan de esta otra época la mayor parte de

las composiciones suyas que conocemos, todas excelentes, del género leve en que sobresalen las dotes de su ternura y lo pintoresco de su estilo, muy gustadas (las que se han impreso antes) del público y alabadas por la crítica; con las cuales, y con las anteriormente citadas, podría domostrarse que él fué notable en todos los géneros que tuvo oportunidad de cultivar.

Solía también improvisar en verso cuando se le llevaba al caso de hacerlo; y entonces ponía en juego su vena epigramática ó la habitual propiedad de sus profundos pensamientos serios, y encerraba, en un instante, con asombro de los oyentes, en una redondilla, un aforismo ó un epigrama. Hay en Caracas quienes se tengan encomendadas á la memoria varias de esas improvisaciones; y nosotros mismos recordamos alguna que, por necesitar explicaciones para que pueda ser bien apreciada, y no ser éstas aquí oportunas, no la citámos ahora.

Su última poesía fué la oda *M Véspero*, escrita menos de dos meses antes de morir, para el álbum de su sobrina la señorita Soledad

Acosta Ortiz.

Es una oda en silva, muy breve pero de muy alto vuelo, en la cual parece que se dieron cita la imaginación y el sentimiento de Cecisio, tan elevada la una y tan delicado y tierno el otro, para concurrir á la formación de una de las obras más bellas de su ingenio, coloreada ya con aquel tinte melancólico en que se hallaba envuelta su alma por la proximidad de su despedida del mundo. La invocación al Véspero y los tristes sentimientos de amargura con que termina esta oda, son

como el presentimiento de la muerte. El Véspero guardaba para él, en la tarde de sus días, el rayo de consuelo que sólo de la Religión debía alcanzar aquel gran corazón, que bien podía haber gemido, si hubiese sido menos generoso, ante la ingratitud de los hombres y las velejdades de la suerte.

VII

do trabajo, escrito sin tiempo, de ligero, á vuela pluma, y cediendo sólo á un impulso de nuestro corazón que nos reclamaba un tributo de justicia á la memoria querida del inmejorable amigo y maestro singular, á quien en vida admiramos, cuya memoria siempre venerarémos, y cuyas obras tanto apreciamos. Pero una necesidad que sentimos en lo más hondo de la conciencia, y algo así como un reclamo de ciertos sentimientos, que consideramos heridos aunque sin intención, nos obligan á continuar esta labor honrosa, por ver de rectificar un juicio ajeno en que nos parece hallar no bien puesta, y esto sin razón, la personalidad moral de Cecillo.

Hay algo más para que no debamos vacilar en decir lo que sentimos: el silencio de los contemporáneos forma en las apreciaciones de la historia venidera lo que Haman argumento negativo en pro de las cosas que se dicen y no tienen de aquéllos la contradicción necesaria, mayormente cuando, á ella no se haya opuesto razón alguna de ningún género; el nuestro hoy, pues, respecto de lo que ah afirmado de Chemo uno de sus biógrafos,

en aquello que pudimos saber bien y conocer á fondo, como sus condiciones personales y las cualidades que informaron su carácter aun como escritor, no debería mirarse sino como una tácita adhesión de nuestra parte, á

cuanto de él se ha asegurado.

Sea dicho también, si de pasada, con no menos sinceridad que justicia, que las obras literarias del castizo y elegante escritor venezolano cuyo juicio vamos á censurar, nos merecen todo el respeto y toda la estimación que se lleva en pos lo que en sí es bueno entre lo mejor, y se halla, además, abonado por un sentimiento patriótico y una alta benevolencia, con que él se distingue en el fondo de sus escritos, campeando siempre en ellos el anhelo por la gloria de la patria. El es, sobre todo, lo que con tanta razón como autoridad le ha dicho un esclarecido poeta:

......BARDO INMORTAL, que en arpa de oro la fe de sus mayores ha cantado.

El distinguido escritor á quien nos referimos, conoció á Cremo tan intimamente ó más que nosotros; le quiso y le acató siempre; y en la parte que le corresponde de un libro suyo, tributa merecido homenaje á las eminentes dotes y alta ciencia de aquél. Pero, de ahí precisamente nuestra extrañeza, al leer entre las diversas afirmaciones que hace de sus cualidades personales, algunos juicios que nos atrevemos á rechazar por erróneos, no sin que antes repitamos que atribuimos á la intención de su autor toda la buena fe que dirige en sus actos á los caracteres honrados y á los corazones nobles.

En verdad que mucho de lo que dejamos dicho atrás, y aun de aquello que hemos hallado acorde con nuestro humilde juicio en los de Don Rafael Seijas y Don José Martí, dejaría de ser cierto, si como tales tuviésemos las siguientes apreciaciones del escritor referido.

Dice él de CECILIO:

" Su carácter era casi incalificable; constante en algunas cosas, inconstante en otras."

Mas adelante, en la misma página:

"Por otra parte, el Doctor Acosta parecía débil de carácter, ó ya por bondad ó por ti- midez; pero ello es que esta circunstancia le dañó sobradamente, y le hizo poco á pro- pósito para figurar, como sus dotes lo pre- sumían, en cualquier ramo de la vida pública."

; Cómo! ; Incalificable el carácter de CECI-Lio? ¿ Y qué cosa es carácter? ¿ Pues no fué él un hombre de bien? ¿ no llevó una vida siempre inocente? ¿ no fué bueno hasta ser piadoso? ¿ No fué constantemente el mismo en las doctrinas que esparció, en los principios que profesó, y en las virtudes privadas con que honró la sociedad en que vivía? ¿ No es bien dicho con toda propiedad que su honradez fué probada en el crisol de la adversidad, sobrellevada ésta en toda ocasión con entereza de ánimo y con integro valor? ¿ No fue él siempre un cumplido ciudadano? ¿No sirvió á la patria v á la humanidad? Sea cual fuere la acepción en que se tome la palábra carácter, nunca, nos parece, estará bien dicho que fué incalificable el del Doctor Acosta; ni menos aun que fué débil.

Examinado el carácter en lo único que sirve de signo para conocerlo, que son los modales, las palabras y las acciones de una persona en su vida diaria, puesto que, según Samuel Smiles, nuestra conducta para con los demás es la más segura de sus piedras de toque, hallamos que el de Acosta fué constante en todo lo bueno que alcanzó su intención, revestido, además, de las condiciones de nobleza y dignidad, y dotado de la fuerza de resistencia que

mejor lo avalora y aquilata.

El fué hombre de profundas convicciones religiosas, en que jamás vaciló, y en lo cual le alaba, es verdad, el escritor referido; sus principios y conducta fueron consistentes en política, y nunca los cambió, que sepamos; sus modales, cultos á toda hora y con todo el mundo; su virtud, en ningún momento desmentida. Ni se envileció por la adulación, sino que más bien provocó la ira de los insanos burladores de la sociedad, y soportó después con ánimo fuerte las consecuencias; ni amparó el mal haciéndose testaferro de los engañadores, sino que lo reprobó constantemente, y ensalzó siempre la virtud; ni tuvo rayos en su pluma sino para el vicio y las baiezas.

"La veracidad, la integridad y la bondad "forman la esencia del carácter viril," dice el profundo autor Samuel Smiles; y Cecillo conservó esmerada y cuidadosamente la honorabilidad del suyo en una vida de continuo

bien empleada.

Otra cosa sería decir que su carácter, considerado bajo la faz de la vida pública, fue de resistencia no más, y pocas veces de empu-

je en la práctica. El tuvo aquel talento especial que consiste en el conocimiento profundo de los hombres, y daba terror ó encanto oírle exponer en la intimidad el jucio que se tenía formado de los que trataba, según se iba descubriendo al través de sus palabras la verdadera indole de ciertas personas; pero él nunca se dejó arrebatar en el torbellino de las cosas políticas ni por el de los negocios ordinarios, si bien hubo ocasiones en que, como tribuno, dejó ver la entereza de que habría sido capaz, si le hubiese tocado otro tiempo, ó él hubiese tenido otras inclinaciones. En varias circunstancias mezcló en sus escritos reproches terribles á una sociedad que enmudecía ante la ingenuidad de sus sentencias, y respetaba en él la autoridad con que las pronunciaba, tomada precisamente de las condiciones de su carácter.

Bien comprendemos que el autor del juicio que analizamos no ha podido referirse al escritor, sino al hombre no más, en ciertos rasgos de su trato social, ó en ciertas trivialidades que en el hogar ó el círculo intimo vienen á ser como una interrupción de la serie de actos trascendentales que constituyen el carácter; pero creemos que no ha de juzgarse éste, cuando se examina para descubrirlo al público, por esas dificultades inocentes, que suelen ser tan comunes como fútiles en el desarrollo de la vida, sino por aquellas acciones en cuyos resultados aparece con el tiempo delineada la entidad moral del individuo, y á las cuales se ha ajustado siempre la responsabilidad adquirida con ellas ante la sociedad y ante la historia.

CECILIO fué, antes que otra cosa, hombre de inteligencia, de "inmensa inteligencia," como tan bien le califica el escritor que, acaso por un descuido en la expresión, aparece censurándole el carácter; y por eso, y por las aficiones de su espíritu, más apropiadas para la vida quieta del pensamiento bajo la egida de la paz, que para las agitaciones terribles de pueblos nuevos que se educan en la libertad á despecho del sable carnicero, él, como ya antes lo citámos de Don José Martí, "de los "libros hizo esposa, hacienda é hijos", y por lo general prefirió el retraimiento á la lucha.

Y andan equivocados, á nuestro ver, los que echan á mala parte el retraimiento de ciertos espíritus en épocas determinadas. Se juzga acaso timides lo que en verdad no es sino alta visión de las cosas y elevación de ideas y sentimientos. El que, conociendo profundamente las épocas y sus hombres, descubre de antemano que ha de ser vano el esfuerzo con que se empeñe por sus ideales, y desiste de la lucha; ése, anticipándose á los sucesos, no tendrá que arrepentirse más tarde de haber arado en el mar, y llevará en su ánimo, junto con la tristeza de lo irremediable de los males presentes, el goce intimo que en él difunde el acierto de una previsión desapasionada. ¿Para qué luchar por el vencimiento? ¿ Para qué rogar por la negativa? ¿ Para qué buscar en un sitio lo que no ha caído en el todavía? ¿ Para qué agitarse en el vacio? Llámase tal vez error de la inteligencia lo que no es sino claridad de ideas ; y pereza de la voluntad lo que no es sino prudencia para no emprender la acometida en lo inútil.

Pero hay algo que leímos desde luego con más dolor aún que lo que antes hemos copiado, en el libro del autor á quien nos venimos refiriendo.

Dice de Acosta en otra página :

"Espiritu dúctil y en extremo cándido, "pasaba en un instante de la certeza á la du-"da, de la afirmación á la negación, según

" las impresiones extrañas que recibía.'

Si en lo dicho se pudiese entender que por ser demasiado impresionable, modificaba á las veces inopinadamente sus juicios acerca de las personas que trataba; ó que, atendido su personal modo de ser en las relaciones ordinarias de la vida, podía calificársele de "varon de raras genialidades", según la atinada frase referente á él que tomamos de uno de nuestros más queridos amigos, en lo cual, por otra parte, sólo aparecía fuera del común de las gentes, como suelen los hombres de alto ingenio: habría acaso de pasar aun con salvedades la expresion, pues en lo que atañe á la intelectualidad de la persona, no consideramos tan influente la sensibilidad, que llegue á perturbarla de tal modo que la haga incapaz de distinguir lo verdadero de lo falso, si no es que se ha perdido ya el uso de la razón; pero eso que se copia anteriormente, afirmado de un hombre de ciencia, de un constante expositor de doctrinas, de uno que tuvo como profesión el estudio y el ejercicio de la pluma, viene a exhibirlo del modo más triste, como á uno de esos veletas de la historia, ó como á uno de esos filósofos de la contradicción perpetua. Ciertamente que sinuna profunda é irremediable debilidad de carácter; ó sin lo que llaman los moralistas el miedo que cae en varón constante; ó sin una perversión grande de espíritu, no es posible que el ser intelectual pase en un instante de la certeza á la duda, de la afirmación ó la negación.

Dios Santo! Y que ésto se diga de Ceci-Lio Acosta, cuando apenas estaría bien aseverarlo de Montaigne ó de Bayle, ó de cual quiera de los escépticos, ó fautores y partida

rios famosos de la duda universal.

Si no hubiera el autor tratado de comprobar su aserto con un período que luego citarémos, habríamos creído que su anterior juicio (mal tomadas, por supuesto, en todo caso, la certeza y la duda, la afirmación y la negación, que tanto importan á la vida del ser racional) provenía de la observación de ciertas naderías ordinarias que, como ya dijimos, no creemos que puedan entrar en cuenta cuando se aprecia el verdadero carácter de la persona; pero él no nos deja este recurso en atenuación de sus palabras, porque, para explicarlas, anade:

"Tan pronto escribía á las Repúblicas del "Plata que esta tierra era otro edén terrenal "colmado de delicias; como decía en otra "carta para Nueva Colombia, que no hay en "Venezuela incomodidad que no nos sobre,

" ni malandanza que no nos atribule."

Perdónenos el renombrado escritor; pero nos parece que no existe la contradicción que él se imaginó ver en esas correspondencias de CECULIO.

Verdad es que en la carta á que se hace referencia, dirigida á un amigo de Colombia, pinta Acosta un triste cuadro de lo que pasa

en las actuales épocas, lleno todo él de sombras, que había de poner al trazar los desmanes à que dan lugar nuestros continuados disturbios; pero ese cuadro es de actualidad, y exhibe los contornos de todas estas etapas en luchas del momento, los defectos de nuestra estructura moral presente; mientras que en la otra correspondencia, la escrita en 1878 para Don Florencio Escardó en Montevideo (que es la que se quiere mencionar), habla del porvenir, no de Venezuela no más, sino de la América y de la humanidad toda, y dibuja ciertamente en ella, con su acostumbrada maestría, una grandeza excepcional, dando anticipadamente "la historia de una felicidad "que pasa, aumentada con los anales de otra "felicidad que le sucede." El edén terrenal que de tal pintura resulta, no es más que la dicha á que él prejuzga destinado nuestro continente en un futuro no muy lejano, que será "como un hallazgo providencial" para la humanidad entera; época cuyo advenimiento ve, sin embargo, retardado por muchos males presentes, entre otros, "el deseo de "hacer figura, los celos del mando, la ambi-"ción desapoderada," y demás defectos que en nuestro estado político de ahora estorban la marcha hacia la meta de un mejoramiento moral y social, que es en lo que queda mucho por hacer. Este mejoramiento lo considera él más accesible á la América que á la Europa, por haber tenido Europa mayores y más arraigados vicios de organización que América.

Se trata, pues, de épocas muy distantes y diyersas, y no es posible compararlas para hallarles contradicción. En juicios tan profundos así, que abarcan la humanidad y los siglos todos de la historia, y tienen extensión absoluta en el tiempo y el espacio humanos, no es justo ni prudente entrarse por ellos de rondón á condenarlos de una sola plumada.

Esas transformaciones y esas etapas que nos descubre el autor en la marcha de la humanidad, necesitan sin duda intervalos de si-

glos, sin que sea preciso que lo diga.

Y vese también que en el mismo estudio en que dice cómo vislumbra el porvenir del mundo en América, toca, señala y lamenta los males de la actualidad, que son estorbos para la pronta llegada de lo grande y bueno que se prevé.

Por lo demás, ahí están los escritos todos de Ceculo, para decir por sí mismos quién

fué y cómo fué su esclarecido autor.

VIII

Tocamos ya al fin de este trabajo, y á fe que nos duele haber de terminarlo como quien se interrumpe en su marcha, á causa de tener un objeto especial el escrito, y haberlo ya prolongado demasiadamente, en proporciones excesivas para la aplicación á que está destinado.

• Concluimos, pues ; pero no queremos hacerlo sin que antes dejemos estampado, como sello final de los nuestros, uno de los juicios que acerca de Ceculo ha consignado el eminente escritor colombiano, señor Don Miguel Antonio Caro: "Como artífice de la lengua, como literato y publicista, Ceculio Acosta vivirá en los libros; por sus dotes de sentimiento vivirá siempre (yo me atrevo á asegurarlo) en el corazón de los americanos."

VÍCTOR ANTONIO ZERPA.

Curazao: 20 de Octubre de 1889.





DON CECILIO ACOSTA (*)

Hay hombres que hacen como peregrinos el camino de la vida, y cruzan al mismo tiempo como soles el cielo del pensamiento. Uno de ellos fué Cecilio Acosta. Su espíritu gigante tuvo la vida de Hércules : realizó sus trabajos en las regiones del sentimiento y de la idea ; la miseria del corazón humano fué su Devanira ; tuvo la purificación del martirio, en que se deshicieron los vínculos que le

El Doctor Don Juan de Dios Méndez y Mendoza es uno de los más honorables representantes de esa juventud espléndida que, trabajando en diversos grupos, prepara á la patria de Bolívar y Bello, de Suere y Cristobal Mendoza, de Páez y Vargas, de I rdaneta y Baralt días risneños y gloriosos en no lejano porvenir.

Y. A. Z.

4

^(*) Los brillantes y elocuentes párrafos que ruego á los señeres Editores del Parnaso Tenerolano se sirvan insertar á continuación del escrito anterior, y que son reveladores de la alta inteligencia y el noble corazón de su autor, fueron escritos en 1883, por el señor Doctor Don Juan de Dios Méndez, hijo, quien los conservaba inéditos y va á sorprenderse de verlos aqui incluidos, cuando aun ignora que hayan venido á mis manos. Ellos sirven á demostrar cómo estima la nueva generación literaria de Venezuela la memoria y las obras de Ciculto Acosta: así houran ellas á su autor como al ilustre rememorado.

unian con la tierra ; y voló al fin, lleno de méritos, á la inmortalidad, donde fué desposado con una Hebe cristiana : la juventud eterna en el seno del Creador,

Al escribir estas cortas líneas en ofrenda á su memoria, turba de tal manera su recuerdo nuestro ánimo, que tiene que buscarle la mente donde no encuentre del amigo sino su individualidad intelectual.

Esta fué grande y múltiple en Acosta. Las facultades del entendimiento y de la imaginación, si bien estrechamente unidas en el alma humana, rara vez coexisten en alto grado, pues se ve predominar siempre una de ellas á expensas de la otra. En él era tan profundo el pensamiento como poderosa la extraordinaria fantasía, á lo cual se añadía una sensibilidad delicadísima, que le da cierta fisonomía moral que hallamos trazada por él mismo, en las palabras con que llamó á Don Fermín Toro el gran pensador artista y el poeta filósofo.

Asombra en sus escritos aquella mirada intelectual eminentemente filosófica, que ora cae, llena de poder, sobre la causa y la fecunda, hasta hacerla producir la última de sus consecuencias; ora domina la confusa aglomeración de los fenómenos para armonizarlos en la síntesis y atarlos á la ley; y esto con elo colorido de una imaginación creadora, que ve en cada nube de polvo germinador selvas enteras que contiene, y transforma el caos en serenidad de espacios, en luz y atracción de soles, en armonía de movimientos y en belleza universal.

Su palabra resuena en el sarcófago de la historia como la trompa apocalíptica; el polvo de los siglos vuelve á ser sangre que corre y lágrimas que se vierten, y los profundos osarios devuelven á la vida los héroes y los sabios, que ejecutan de nuevo ante nuestras atónitas miradas los actos ya pasados de la tragedia humana. Se vuelve al porvenir, y nos muestra la serie de los siglos futuros como la sucesión de las olas de un océano cuyos límites no se alcanzan; una faja de luz rielando en ellas, que marca el rumbo del progreso; y el astro que la irradia desde el cielo, que es la Providencia.

Las ciencias sociales eran puede decirse, favoritas suyas, sobre las cuales hizo numerosos trabajos, aún inéditos, que excitarán un día la admiración de los sabios. Comprendió en toda su universalidad y trascendencia la sabiduría profunda del Catolicismo, y su santidad sublime, única é inimitable, y por eso amó, con el amor ardiente de las grandes almas, la religión de Tomás de Aqui-

no y de Vicente de Paúl.

Si hoy recordamos con el alma abrumada por el dolor lo amarga que le fué la vida, en cambio nuestra fe nos deja ver su espíritu radiante de gloria, saciada al fin su sed de ciencia y de bien en la contemplación extática de la Suprema Verdad, y nos parece ofren

sus labios estas palabras del Dante :

Non v' accorgete voi che noi siam vermi Nati a formar l'ungelica farfalla ?

JUAN DE DIOS MÉNDEZ, HIJO. Caracas: 8 de Julio de 1883.



A LA LIBERTAD

Rauk el ponto de cólera irritado

Á empuje rudo de huracán horrendo;
Ruja y reviente en hervoroso estruendo

El ronco remolino arrebatado;

Desdichas dé como cosecha el hado; Pavesas sólo el universo ardiendo; Caiga el cielo á pedazos, y, cayendo, Deje al orbe en sus ruinas sepultado!....

Silencio ya y terror!.... Devoren penas Lo que han de devorar después gusanos: El resto rabendo a feroces hienas,

Y haya sólo al dolor ecos lejanos : Ésto primero que arrastrar cadenas ;
Primero, sí, que soportar tiranos !



PARA EL ÁLBUM DE LA SEÑORA N....(1)

Et vera incessu patuit Dea..... Virgit Aeneid, Lib. I. v. 405.

Cuando incienso divino
En perfumados pomos,
Y rosa, nardo y mirto
Se tributaba á Venus
En el templo de Gnido,
Sucedió un hecho, grande.
Hecho asaz peregrino,
Que la Memoria guarda
En su secreto archivo,
Y que el tiempo hará eterno
En su girar contino.
No súpolo el de Teos,

^{(1).} Para la medida del verso puede ponerse loatAA.— Nota del Autor.

Oue Apolo así lo quiso, Ni la que en Lesbos era Prez, honra y regocijo, Ni Teócrito, ni el claro Poeta venusino. El cantador del Anio Y el Tivoli sombrio: Si no, á sus versos dieran Asunto muy más dino, Y fuera hora su fama De precio más subido. "De Amatonta en el bosque,

- "Con siniestro desinio.
- "Las muchachas convoca
- " El ceguezuelo Niño.
- " De aljaba estaba, y arco,
- "Y flechas bien provisto,
- " Y de ambos sus ojuelos
- " Lanzaba fuego vivo.
- " El bosque estaba todo
- "De fiesta y regocijo:
- " Las fuentecillas claras :
- "El arbolado umbrío;
- "En trisca por las hojas
- " Pintados pajarillos,
- "Y de violeta y grama

- " El suelo entretejido.
- " El burlador muchacho,
- "Esta vez compasivo,
- "No quiere traspasarlas
- "Con sus seguros tiros:
- " Las apunta y las yerra,
- " Juguetón y festivo ;
 - "Y con risas, retozos,
- "Y carreras, y brincos.
- " A todas las halaga
- " En alegre bullicio.
- "Luego en cerco las pone,
- "Y enamorado él mismo,
- "Traslada sus bellezas
- "En un delgado lino.
- " De la una la alba nieve,
- "De otra el color subido
- "De púrpura, y de todas
- "Toma lo que es más fino,
- "Y hace de una belleza
- "Un trasunto cumplido.
- " No es más linda Citeres
- " Cuando del Ericino
- " Llega al celeste alcázar
- "Cercada de amorcillos.
- "Las doncellas curiosas

- "Pidenle el retratico,
- "Y el retozón rapaz
- "Lo niega fementido.
- "Van en busca de Juno.
- "Y llámanla en su auxilio.
- "La Diva corre, vuela,
- "Viene, y despoja al niño:
- " Mira cien y cien veces
- "El milagro divino,
- "Y concibe en su pecho
- "Un placer vengativo.
- "Entonce en presto vuelo
- "Remonta al alto Olimpo,
- "Y á Jove en tono alegre
- "Le dice : Ya el destino
- "Me concedió el vengarme
- " De Venus y su hijo :
- " Sabes que ella en mi dano
- " Sedujo al pastor frigio ;
- " Después contra mi reino
- " Alsó el orbe Latino,
- "Y entre las Diosas siempre
- " De hermosura se ha engreide.
- " ¡ Tú ves este retrato
- " Donde es todo divino !
- " Pues siguiendole á él,

- " Como á hermano te pido,
- " Que hagas una beldad
- " Cual nunca se haya visto;
- " Que Idalla sea su nombre,
- " Su hablar dulce y melifluo,
- " Su gentileza rara,
- " Su ingenio peregrino:
- " Que así que el tiempo venga
- " De nacer este hechiso,
- " A Venus y su orgullo
- " Poner logre en olvido,
- " Y que la vana muera
- " De ira y furor canino.
- " Dijo, y el Dios Saturnio,
- " Plácido y sonreido,
- " Y abrazando á la hermana,
- "Le otorga cuanto quiso." Ésta es tu historia, IDALIA, Que acaso no has oído, La cual, en letras de oro, Y en viejo pergamino, Escrita encontré un día De mano del Dios Cintio, Y así cual la encontré Así te la consino.

Julio de 1848.

FRAGMENTO DE UN POEMA

TITULADO

"LA MUJER"[1]

Teñida en torno con carmín deshecho,
De enhiesto cuello que al amor provoca,
Por ser de rosas y azucenas hecho.....
La hechicera mujer, mi ambición loca,
Pretendo hora cantar..... Vén á mi pecho,
Vén, Musa alegre, desde el almo coro,
Y acompaña mi canto en tu arpa de oro.

⁽¹⁾ Se conservan en este Fragmento algunas de las copiosas notas con que su autor iba ilustrando el Poema. á fin de que el lector pueda apreciar mejor el objeto de él: se han suprimido las menos importantes, referentes á detalles de la narración, y se han dejado las que contienen juicios que explanan el asunto y lo dan á entender mejor.

NOTA DE 108 EDITORES.

Tú no has visto su igual hasta este día. Ni la han visto tampoco allá en el cielo : Cuando Dios la formaba no quería A sus ángeles dar envidia y celo. Por salvarlos también de idolatría Le dió por templo y por morada el suelo. Vén, y verásla.... pero aprésta el canto, Oue yo no basto sólo á asunto tanto.

Míra cómo Eva en el Edén pasca En largas calles de árboles sombríos, Y cómo á verla cuán gentil campea, Del monte al valle bajan claros ríos. El viento, porque pase, el suelo orea, Y manso y ledo sopla sin sus bríos; Ella en tanto, con marcha majestuosa, De Adán parece y del jardín la diosa.

¿ Qué falta á la tirana? Su cabello, Del oro envidia, á la gentil cintura Ondeando baja desde él albo cuello Para medirle en torno su figura. Su andar, su tez, sus ojos, todo es bello; No tiene par tan peregrina hechura; Y no parece más sino que el cielo Rompió, al formarla, el único modelo. Si los labios entreabre en fácil risa, Tras de granates finos y corales Un tesoro de perlas se divisa. Menudas, blancas, en extremo iguales. Correr entonces vese leve brisa A robarle la miel de sus panales, Y volverse después á sus verjeles Para empapar los lirios y claveles.

Por entre alfombras de eternal verdura Corre una fuente de bruñida plata, Que baja presurosa de la altura, Y en el llano sonando se dilata. Eva mira al pasar, y una figura De entre las linfas sale y la retrata. Se pasma al ver tan acabado bulto, Y quiere ya de hinojos darle culto.

Luce, sin deshacerse, en su mejilla
Delicado carmín entre la nieve,
Y el vivo fuego de sus ofos brilla
Do la lumbre jamás á entrar se atreve.
Ansia la madre asir la maravilla,
Y que es vano su afán conoce en breve:
Acércase, y se acerca también ella,
Retírase, y también la imagen bella.

¿ Quien sino tú ha de ser, mi soberana, Esa, le dice Adán, efigie hermosa ?
Tú eres del verde mayo flor temprana, Del valle lirio y de los huertos rosa ;
Allá en el cielo mismo, unos tirana, Otros genio te llaman, otros diosa :
Y esas gotas que al alba el cielo llora, Lágrimas son de envidia de la Aurora.

	¿De qué proviene, añade, dueño mío.																																						
(Oue puedan tanto sobre mi tus ojos?																																						
	El león sale á mi voz del bosque umbrío																																						
	7																																						
	a																										í.	G											
																																,							
	S																																		1.	1	()	Sá	1,
(Co	n		ta	1]	(ļl	16	1	tı	ĺ	Ţ	ונ	(n	18	1	n	d	e	S		s	é	1	1		d	i	0	Si	a.						
				Ü				0																											ĺ		į	ė	
																																						-	-
												i	•	*	*		1	4			٠		1	•	ř	*	*	Ž	9			٠				Š	3	Ġ	
								•				8		•	k										7					3				·					
								•				8		•	k										7					3				·					
				6 61																										-									
				6 0/ 1									4 40																	1	100								

H

Bajo artesón de cedro y chapas de oro Reposa Helena (1) sobre blando estrado: Acá y allá, por singular decoro, Pebeteros de olor; Paris al lado. Presto á la rica Ilión este tesoro Le será por su dueño reclamado.... Potente flota griega en pos de Helena Tocando vese ya la frigia arena.

Allí Ulises, Diomedes, los Ayaces, Y Pirro está, de refulgente acero: Sus lanzas fuego vivo, cual voraces Llamas ardientes, y su gesto fiero.

NOTA DEL AUTOR.

⁽¹⁾ Todos saben que Helena fué una hermosísima mujer. El robo que de ella hizo Paris a su esposo Menelao, armó á la tirecia ofendida; y la guerra que ardió sobre Troya, patria del raptor, el espacio de diez años enteros, produjo las vicisitudes, hazañas y desastres que enentan la historia, la fábula y la poesía.

Es una cosa muy digna de notarse, desde que se ve ya clarear la historia, el influjo que ha tenido la mujer en el destino del mundo: muchas veces, por ella han desaparecido de la sobrehaz de la tierra vetustos imperios y se han alzado otros florecientes. La mayor prueba es Helena. Lo cual convence (y lo diré no más que de paso) la importancia del papel que ella está llamada á desempeñar en la sociedad, sirviendo de espuela á la gloria, al heroísmo y á las demás pasiones grandes y nobles.

Sobre todos Aquiles.... Ya las haces Cubren como un enjambre el llano entero.... ¡ Ay! ; Cuánto va á costar de ruina y lloro Los de Helena violados rizos de oro!

Trábase la pelea á muerte ó vida:
Por todas partes sangre ó choque duro:
La ciudadela, acá y allá batida,
Se estremece en su asiento mal seguro....
Pasan diez años....; Pérgamo destruída,
Sin familia el hogar, por tierra el muro,
Yacen, y Troya fue!.... Y esta victoria
Fué para Helena prez, venganza y gloria.

III

¿Dónde será que la mujer no impera?

Desde el regio palacio á la cabaña

Sus caprichos por ley da la hechicera,

Déspota dulce que jamás se ensaña.

Míra á Lavinia (1) en la feliz ribera

Que el mar ausonio con sus ondas baña:

De ella saldrá la que destino y leyes

A las naciones dé, raza de reyes.

Lavinia era una princesa italiana, hija del rey Latino, pretendida de Turno, un rey comarcano. Los hados

Turno y Eneas son, con fin diverso, Quienes de ella codician cetro y mano: Mudo está con la lucha el universo Sin saber cuál será su soberano. Este al italo al fin el hado adverso, Los lauros de la lid coge el troyano, Le da Lavinia con su amor el Solio, Y da leyes al mundo el Capitolio.

habian pronosticado que no le tocaría á él por esposa, no obstante la voluntad de Amata, su madre, sino á un príncipe extranjero, que habia de abordar á las playas de la Ausonia. Este principe era Eneas, prófugo entonces de Troya, su patria, vuelta en ruinas: pero de estirpe elara y de afamados hechos. Empeñáronse muy hugo sangrientas guerras entre él y Turno, las cuales terminaron por el triunfo del Troyano.

No se puede negar que hay sombra de oscuridad en estos hechos; pero con la tal enal luz que arrojan, ha podido la historia descubrir el origen asiático de Roma. Como quiera, eso se propusieron los poetas del siglo de Angusto, mayormente Virgilio, para dar á la familia de los Césares aquel brillo que deja sicuspre una larga cadena de ilustres abuelos.

Certé hine Romanos, olim volventibus annis Hine forè ductores, revocato à sanguine Teucri. AEN, Lib. I vv. 234 — 235. Hine Dardanus ortus

AEN. Lib. VII vv. 240 — 241. NOTA DEL AUTOR.

IV

Míra cuán crudo temporal deshecho A Andrómaca (1) gentil, perla troyana, Con furia arranca del paterno lecho, Y por patria le da playa lejana. La que habitó palacios de oro el techo, La que manto vistió de seda y grana, La que nació princesa, hora en Epiro Presa gime infeliz del héroe sciro.

Poeas mujeres inspiran más vivo interés que ésta, y es porque fué magnánima en la adversidad, el mejor crisol de las virtudes.

⁽¹⁾ Andrómaca fue la esposa de Héctor, el guerrero más afamado de Troya, su sostén por diez años de crudo asedio, y su prez eterna. Arrasada que fué la ciudad por Pirro, natural de la Isla de Sciros, aquella matrona fue llevada por el cautiva al Epiro, donde la pretendió para mujer. La situación no podía ser más estrecha: élla en el destierro, y el requirente en el Solio. Sin embargo, Andrómaca había nacido bajo la púrpura; en vida de su esposo le había prometido fidelidad; y esto, unido al cuadro de las desgracias de su patria, que nunca dejó de estar ante sus ojos, le dió aquella entereza que supo conservar siempre en la desgracia, y aquel carácter poble con que sostuvo, sin violarlo, el amor conyugal.

Viuda, cautiva, en su-mortal quebranto,
Su ciudad no ve ya; no ve á millares
Los claros héroes del famoso Janto:
Todo en polvo tornóse.... hasta sus lares....
Inunda entonce involuntario llanto
Aquel rostro de grana y azahares;
Y Andrómaca llorando es tan hermosa
Cual de lluvia empapada fresca rosa.

—Grecia, le dice Pirro, aun ensañada, Que mueras pide con encono duro:
Dáme tu amor, y pronto rescatada
De la muerte serás, sí, yo lo juro.
Alzaré otra Ilión, y coronada
Serás cual reina sobre el sacro muro.
Dáme tu amor, y contra el griego bando
Por tí, cual Héctor, moriré peleando.

Héctor dices? responde...;ah! no profanes Ese nombre inmortal de alta memoria:
Héctor fué un dios-lidiando.... no te afanes En igualar la tuya con su gloria.
La suya fué sin par: los capitanes
Leen encantados su brillante historia:
Y á Héctor se debe, y á sus hechos miles
El claro nombre de tu padre Aquiles

Aun recuerdo aquel día Héctor volaba Acaudillando nobles paladines, Y sobre el duro casco descollaba Garzota espesa de sangrientas cripes Era Mavorte mismo.... Ya tocaba La ribera del mar y sus confines ¡Ah! no entonces un dios le traicionara. Y estos hierros que llevo no llevara!

Ni viera de mi Patria el fatal hado!
Te ví entonces en armas, feroz, ciego.
Correr tras de Polites desolado.
No vale al pobre ni piedad ni ruego,
Perece al fin de lanza traspasado,
Y hace un lago la sangre.... Al padre luégo,
Que te hace apenas vacilante amago,
¡ Qué horror! degüellas sobre el mismo lago.

Parece que aun te veo, que aun goteando Se ven sangre tus manos asesinas; Que mi ciudad recorres rebuscando Víctimas tristes en sus vastas ruinas.... ¿ Y aspiras á mi amor? No, monstruo infando; Soy la viuda de Hector: tú te alucinas; Quiero más bien morir, y ardiendo en ira, Álza, si quieres, la funérea pira. V

Animoso mancebo sin cautela

Monta fuerte alazán de piel tostada,
Y como muestra que el valor revela
Al cinto lleva la tajante espada.
El fogoso animal siente la espuela,
Se engalla altivo con feroz mirada,
Y el aire rasga en impetu violento,
La espesa crin desparramada al viento.

Entre el humo se lanza y la metralla El gallardo mancebo en pos de gloria, Y entre el acero que en fragor estalla, La muerte espera, ó conseguir victoria. Lidia, y vence tal vez en la batalla: Tal vez es héroe de inmortal memoria; Y sólo aspira al prez de que á su dama Sus hechos cuente la parlera fama.

VI

Álzate, oh Musa, en tus sutiles alas, Y el firmamento crúza en raudo vuelo: Llega, y te róba de las altas salas

Las canciones magnificas del Cielo.
 Bája ceñida de esplendentes galas;
 Y así, gentil, y en inspirado anhelo,
 Me acompáña á cantar con tu armonía
 La bella maga de la patria mía.



A UNA HOJA DISECADA.

Tipoja hermosa, que tu cuna vientos insanos!
Como la tuya ninguna.
Pues te trajo la fortuna
A tan angélicas manos.

Si te quiere, es más que á mí ; Si te envuelve, es en cendales Con franjas de carmesí.... No te trataban así, Por cierto, los vendabales.

¿Quién, dí, te dijera ayer, Allá en tu selva sombrosa, Que llegaras presto á ser Ídolo de tal mujer Que no sé si llame diosa? ¿ Y que, en vez de ser despojos Deshechos contra alta roca, Alcanzaras de sus ojos Luz de amor, en vez de enojos, Y besos mil de su boca?

Vamos ; te cambio tu suerte : Llévame à tu bosque umbrio; Venga el viento airado, fuerte, Amenace con la muerte : Pero haz de tu dueño el mío.

1852.



Á LA MEMORIA DEL JOVEN

JOSÉ VICENTE FRANCESCHI.

QUE MURIÓ EN CARACAS EL 19 DE OCTUBRE DE 1852.

> Fili mi..... fili mi..... II Reg. Cap. XVIII. V. XXXIII-

Y hoy en la tumba estás!

Tremenda, airada muerte!

En qué esa perla, dí, pudo ofenderte?

Parece que aun te veo,
Tan lleno de inocencia, á todos grata.
Tal, incienso sabeo
Innocuo se dilata:
¿ Quién el árbol, por eso, habrá que abata?

¿ Por qué en menguados días

Te hicistes á la mar tan inexperto ?
¿ El huracán no vías ?

Evíta, evíta el puerto,

Y hacia el tuyo te vuélve en rumbo cierto.

Yo sé que ardes en llama
De alcanzar porvenir en breve plazo,
Y anhelas alta fama....
No caigas, nó, en el lazo,
Y otra vez torna al maternal regazo.

Inclina atrás la prora,
Inclina pronto, corta el mar salado.
Y lléga sin demora ;
Que allí, al materno lado,
No se atreve (¡ lo juro !) á herirte el hado.

"No tengo más que ese hijo,"
En lágrimas bañada, ella dijera,
"Y él es mi regocijo."
Si bronce el hado fuera,
En dulzura su saña convirtiera.

Por tí rogando agora,
Ese que te mató, golpe homicida,
Tu pobre madre ignora....
Vuélve, vuélve á la vida,
Y á tu madre no des tan honda herida.

¿Te acuerdas ¿...muda, triste, Males, á tu partida, ella auguraba. Cual estaba, la viste.... Con llanto te mojaba, Y á su pecho cien veces te apretaba.

"No te ausentes," decia:

El pecho me lo anuncia: míra, tóca

Y luego te imprimía

Un beso de su boca....

Nunca madre que llora se equivoca!

De vuelta ya á su hogar.
Por mirar el bajel, de cuando en cuando
Tornaba hacia la mar,
Y la arena observando,
Tus huellas una á una iba contando.

No más libre de enojos Á tu lado estará la madre pía, Paciendo en tí los ojos, Ni hará lo que solía, Al alba despertarte cada día.

Ni ya á cada momento
Llegará, por mirarte, hasta la puerta
Que cierra tu aposento.
Ni te traerá en su espuerta
La fruta más sabrosa de la huerta.

Tú, que á la luz igualas. Y la esfera devoras en tu-vuelo, Fama, detén las alas. Y píde antes del Cielo, Para llevar allá, voz de consuelo.

Dí que en Cristo murió : Que sus ojos, tras esto, un hombre santo El mismo le cerró, Y que, en lugar de llanto, Suavísimo se oyó celeste canto.

Viviera ; ay !....; ojalá ! Y Caracas hiciera vanagloria De tu hijo, Cumaná. Unida así á tu historia, Tocárale algún lampo de tu gloria.

1852.



Á ELLA.

PARA UN ÁLBUM,

Reinando en medio de glorieta umbría One dosel de esmeraldas parecía, Si era cielo el jardín, tú eras la diosa.

Te ví después en la heredad no inculta, En pos seguida de femíneo bando, Con leve pie pisar el césped blando, Oue el ojo ve, pero la fimbria oculta.

De flores llena la graciosa falda, De donaire gentil el movimiento, Flotábate á merced del vago viento La negra cabellera por la espalda;

Y usando los encantos triunfadores Que á las grandes beldades Dios reserva, Ibas delante en la jovial caterva Gracias sembrando y recogiendo amores, Te pareció el jardín tan deleitable, Tantas sendas cruzar todos te vieron, Que, por correr, tus flores se cayeron, Ejemplo triste de la sucrte instable!

Mas las que tu verjel por gala lleva Son mil y mil, y pronto en la enramada Te vi de otras distintas adornada, Como en su Edén la encantadora Eva.

De hermosura ostentabas tal modelo, Que, al nacer sin nublados, la mañana Por tu lindo color diera su grana, Y un querubín, si lo tuviera, un cielo,

Me acerqué á tí con la ambición más loca De verte cerca y como amigo hablarte; Mas me faltó para alcanzarlo el arte, Ardiente el corazón, muda la boca;

Que hábla digna de tí sólo sería La que explicase el modo en que atesora El alba perlas, ó carmín la aurora, Ó dijese el lugar do nace el día; Qué piensa un ángel cuando acaso sueña En su almo cielo de color de armiño; Qué entre los brazos de su madre un niño, Ó la flor solitaria entre la breña.

Nada pude lograr, por más que altiva Se alzó mi mente en su ambicioso vuelo. Tú te quedaste en tu brillante cielo, Y yo otra vez en mi humildad nativa.





EPITAFIO

SOBRE LA TUMBA DE UNA NIÑA

Knaistmo botón, partido en dos, Hojas dió al mundo y el perfume á Dios.





Á LA SEÑORITA ANA MORTENSIA RIVAS Y MARTIN EL DÍA DE SU PRIMERA COMUNIÓN. (1)

Las gracias á su edad. Jamas doncella. Ví tal, ni tan gentil.... No fué, no fué tan bella Quien trajo á Ilión la funeral querella.

Si alegre, en trisca un día, Recorriera el Edén solo un momento, La Eva ella sería.... Figurome el portento, El sedoso cabello suelto al viento.

Il autor dedica esta composición á su distinguidísima amiga la señora Isabel M. de Yanes,

Galana vestidura

De albo color le cae, flotando en vuelo,
De la gentil cintura:
Su talle es un modelo,
Y los sus ojos; ay! cada uno un cielo,

Esos ojos que Dios Formó, para que fuese impar su fama, De un sol partido en dos, Y que el amor ya inflama Con fuego vivo de su oculta llama,

Tras blando y áureo sueño Magnífica visión miré yo un día : Llamábala " mi dueño", "¡Qué linda!" le decía.... Soñaba yo en Hortensia, y no sabía.

Torneado á maravilla Es el pulido cuerpo virginal, Y tal cada mejilla, Que tez no tiene igual La rosa que más cuido en mi rosal,

¿ Por qué cintas y arreos,
Y galas viste, y oro, y felpas Ana,
Como de amor trofeos,
Y sale, y se engalana,
Más pura y limpia que gentil-mañana?

Iglesia peregrina
Miro, y altares de especial decoro:
La música es divina,
Cual la del almo coro,
Y el humo sube de incensarios de oro.

Ensánchaseme el pecho
Al mirar los de Dios dones fecundos :
Allí mora, aunque estrecho,
Quien, por fines profundos,
Redimió al hombre y fabricó los mundos.

Quien tiene luz por huellas, Y llama siempre à que su trono alfombre Un escuadrón de estrellas, ¡ Oh milagro sin nombre! Se entrega El mismo de manjar al hombre. Y ;qué manjar !.... En rica
De alabanzas proclama, en los salones
De lo alto se publica:
Y bajan á millones,
A servirlo, del Cielo las legiones.

Ya está en el templo Ana,
Tan llena de perfumes y sencilla,
Cual flor de Abril temprana,
Y dobla la rodilla
Ante el Señor que el huracán humilla.

Unirse quiere á El, Saborear uno á uno sus panales De azucarada miel, Y beber á raudales En su fuente de diáfanos cristales.

El blanco paño besa, Llega temblando al místico festín ; Y al verla ya á la mesa, Alado querubín Vuela á decirlo al celestial confín. En tanto, en dulce calma, Loores ella de eternal concento Eleva á Dios en su alma, Limpísimo aposento, Do El-mismo que lo hizo toma asiento.

No llega á ser tan puro, Tan libre de mancilla y de pecado, No llega á ser (lo juro) Lirio de ángel sembrado, Y de gotas del alba salpicado.

28 de Mayo de 1855.



CARTA EN VERSO

DE

D. MIGUEL ANTONIO CARO

.

Don CECILIO ACOSTA (1)

Yo otra vez la lira pulse, Y en ella apropiados sones Mi agradecimiento busque;

Y ruegue á musas ya esquivas Que un último dón no excusen, Y esta voz que entre civiles Luchas se enronquece, endulcen,

NOTA DE LOS EDITORES,

⁽¹⁾ Publicase esta carta del señor Don Miguel Antonio Caro en este lugar como antecedente necesario á la contestación que obtuvo de Don Cecillo Acosta. Ambas son de tal valía, que es joya, cada cual, de la poesía española.

Porque al tuyo generoso Eternas gracias tribute Mi afecto reconocido, Cual á hidalgos pechos cumple.

Cuerdas de oro no les pido Ni tonos que altos se encumbren, Sino frases verdaderas Del alma, que otra alma escuche,

Yo he visto ingenios sublimes Que al cielo inspirados suben, O que en mitad de la vida En la eternidad se hunden; (1)

Y dar lauro y dar afrenta Ví á su omnipotente numen, Que ya al merito, ya al crimen, Ó solemniza, ó confunde.

Tú á castigar no enseñado, Sólo de hacer bien presumes; Y es gloria todo ese manto Con que á tus hermanos cubres.

⁽¹⁾ Alusión a Miguel Ángel y al Dante.

Ni sólo en amigas alas Alzas mi nombre á las nubes ; Mas, cual la luz á las cosas, Me das colores y lustre.

Ni te basta, dadivoso, Que asiento á tu lado ocupe, Y haces también que cual propias Brillen en mí tus virtudes.

¡ Cuánto de Dios es imagen El que, cual tú, de hacer guste Merced, por el bien que cede, No porque en su bien redunde!

Lo que cálculo es en otros, En tí, que honor distribuyes, Es caritativo empeño, Es generosa costumbre.

Madre, esposa, hermanos, cuantos Seres queridos reúnc Mi hogar, te aman y conocen; Siempre á su memoria acudes. Así de lejos te miran Cual contempla errante buque Una estrella protectora En los espacios azules.

Como á amigo te bendicen, Cuya noble imagen bulle En el pecho del que exclama : "Grande honra! hucsped le tuve!" (1)

¡ Oh! si de estos corazones El común voto se cumple, Cual hoy en bondad y en fama, No habrá en dichas quien te emule!

M. A. CARO.

Bogotá, 1873.

(1) Alude al retrato de Cecillo Acosta, que este envió al autor del romance.





CONTESTACION

Á MI DISTINGUIDO AMIGO Ý COLEGA Sr. Dn. MIGUEL ANTONIO CARO

Bogota.

Carta escrita en fácil verso, El lenguaje por lo puro, El estilo por lo bello.

Y ésa, en tí de alto linaje, Gentileza en sentimientos, Que jamás mintió tu pluma, Ní tuvo ocultos tu pecho.

Te prodigas tanto en dones Y eres conmigo tan bueno. Que tu alto numen abates Por levantarme del suelo :

Y tras esto, generoso, Finges dotes que no tengo, Y te despojas, por darme, De las flores de tu ingenio.

¿ A qué, Miguel, me regalas Elogios que no merezco, Y tu caudal desperdicias En tan humilde sujeto?

¿ Cómo quitarte coronas Que están tu frente ciñendo, Para ceñirme la mía, Extraña á lauros y premios?

¿ Qué yo á tí, sino un oscuro Amigo que debe al cielo, Por toda fama el olvido, Por todo ruido el silencio ?

¡Si vinieras á mi casa! Ya no hay el antiguo huerto; Los árboles que en él puse, Están marchitos ó secos;

Y los que alli revolaban Libres, pájaros parleros, Se han ido, huyendo á los míos, En pos de valles ajenos.

Sin simiente están mis campos Oue alguna vez florecieron, Y sin mosto mis lagares, Y sin granos mis graneros;

Ni atraviesan mis dehesas, Pastando, greves sin cuento, Ni se ven en mi majada Blanca leche y blanco queso.

Ni, ansiosa más mi jauría, Llega á avisarme hasta el lecho, Que el tiempo de caza anuncia De la mañana el lucero.

Ni en mis jardines hay flores, Ni follaje en mis almendros, Ni acuden ya los canarios A cantar bajo mi techo; Acosta

Ni en mi vida rica pompa, Ni hay en mi sala festejos, Ni turba de aduladores Que venga tras el señuelo.

Pero pobre esté ó aislado, Con mi suerte estoy contento : Me basta como tesoro, Si hago el bien y á nadie ofendo;

Que aquél sólo en su alma goza Y tranquilo tiene el sueño, Que á Dios pide, y su ventura De Dios es que aguarda luégo.

Tú sí, Miguel, á quien toca Dón divino en privilegio, Y al renombre destinado Estás por querer del cielo;

Tú, que en lucíferas alas, Sin afán cruzas ni esfuerzo El espacio, arrebatado De tu poderoso estro, Y en lo pasado estudiando Lecciones que enseña el tiempo, Sazonas en tus escritos Doctrina para los pueblos;

Tú, alumno de ciencias y artes, Y en todas ellas primero, En la pluma soberano, Y en las virtudes modelo;

Tú, sí, naciste á la gloria, Y tener puedes por cierto, Oue ya en tus obras alcanzas Nombre claro y lauro eterno.

Así lo dice la fama, Así lo siente mi pecho; Con lo cual te tejo, amigo, La guirnalda de mi afecto.

CECILIO ACOSTA.

Caracas: 18 de Abril de 1874.





LA CASITA BLANCA

EN UN ÁLBUM,

Rosal disfrutes de tu mano ingerto; Goces, en medio á perfumado huerto, Las auras frescas de gentil mañana!

No insomnios turben tu tranquilo sueño; No sombra empañe tus ensueños de oro, De esos que suben hasta el almo coro, Ó infiltran en la sien dulce beleño!

Palomas bajen á picar tu suelo, Que al lado esté de tu casita blanca, Y á poco veas que su vuelo arranca La turba inquieta hacia el azul del cielo! Mires cual sitio de encantada Ninfa Tersa laguna cual á veces vemos, Y ánsares níveos de pintados remos Cortando lentos la argentada linfa!

Haya no lejos alfombrada loma, Que se alze apenas á la tierra llana, Y allí subas á ver cada mañana, Si el alba ríe, ó cuándo el'sol asoma!

Haya manto de verde y de rocío En el momento que los campos dora La pura luz de la rosada aurora; Y en calle de naranjos que va al río

Y se abre al pie de la felpuda falda, Césped encuentres para muelle alfombra, Follaje rico para fresca sombra, Y fruta en que el color es de oro y gualda.

Á un lado esté la vega ; el campo raso ; Los ya formados sulcos por la reja ; El último que traza y detrás deja La tarda yunta en perezoso paso ; Y montado en el sauce culminante El canario gentil ser rey presuma, Y, ajustando la de oro regia pluma, Á vista de su imperio gloria cante!

La partida de caza vocinglera La quinta deje al despuntar el día ; Ágil salga y festiva la jauría, Atraviese del valle á la ladera,

Recorra sin ser vista la cañada, Y tras de tramontar los altos cerros, Saltando observes los pintados perros, Entre alegres ladridos, la quebrada;

Y después de subir agrio repecho, De la cima en los altos miradores, Divisen los cansados cazadores Alzarse el humo del pajizo techo!

Al terminar el día, el afán duro Del campo cese, que el vigor enerva; Llegue buscando la feliz caterva Descanso en el hogar libre y seguro La parda luz de la tranquila tarde Apague de la noche al fin el velo; A poco luzca en el remoto cielo De las estrellas el vistoso alarde;

Y mientra el aura entre las hojas suena, Haya para el placer bebida helada, En barros de primor blanca cuajada Y en medio á bromas mil rústica cena!

Cerca esté del cortijo la vacada Que á las veces se sienta estar bramando, Y al tiempo del ordeño, en eco blando, Se queje la paloma en la hondonada!

Venga en totuma con su pie de plata La blanca leche á rebosar la artesa, Que el aire luego con su soplo espesa, Temblar haciendo 14 movible nata!

Que el ave matinal tus pasos siga, Vuele confiada á tu graciosa mano, Y allí pique atrevida el rubio grano Que tú propia tomaste de la espiga! Que tengas frutas que en sazón maduren, Y vayas con tu cesta á recogerlas; Que tengas fuentes que salpiquen perlas; Que tengas auras que al pasar murmuren!

Murmuren cantos bellos, celestiales, Que sirvan á borrar fieras congojas, De esos que forman al temblar las hojas, Ó el arroyo al mover de sus cristales!

Ante el altar que en sacras llamas arde, Por tí tu madre su oración eleve, Que grato Dios hasta su trono lleve, Y Él mismo en urna misteriosa guarde!

No la mía separes de tu historia; No mis deseos más te sean ignotos; Ni olvides nunca mis fervienres votos, Ni me apartes jamás de tu memoria!





EL ROBO HECHO POR DELIA

MADRIGAL

DEDICADO Á MI AMIGO EL SEÑOR GABRIEL JOSÉ DE ARÁMBURU.

0 -

Una vez su luz que dora, Y como día tras día Pálida siempre salía, Dando quejas lastimosas, Lloró perdidas sus rosas, Y en encontrarlas se aferra Corriendo cielos y tierra.... Delia, ya sé que es tobado El esplendor con que brillas, Y que la aurora ha encontrado Sus rosas en tus mejillas.

LA GOTA DE ROCÍO

Poesía dedicada á mi distinguido amigo y sabio colega Don Miguel Antonio Caro.

hay brillo como el mío," Dijo ufana la gota de rocio, Al verse aclamar bella En medio al campo en que el ornato es ella; "Ni quién cual vo, galana, Sea orgullo y primor de la mañana. En globo pequeñnelo, Sobre hoja que va dora La prima luz de la rosada aurora, Soy breve suma del fulgor del cielo, Oue, en vastos horizontes, Se ve en valles lucir, y se ve en montes. Y soy también, para mavoi decoro De mi almo origen y mi cuna de oro. Delicado vapor que en ondas sube, Llega tal vez á la flotante nube. Tal vez instable de la altura baja, Y en el aire suspenso en perla cuaja.

Bordo á veces las flores, Para de ellas beberme los colores, Y en formas mil distintas, Cada cual de por sí fijable apena En el mudar de la movible escena, Del iris tomo las variadas tintas. El aura me regala Con los aromas que el verjel exhala, Y, por verme temblar, con ala leve Jugando me conmueve. Yo nazco con el día, Tengo palacio en la arboleda umbría, Y en aguas bellas de matiz cambiante, Ya semejo al cristal, y va al diamante." Así la gota en su discurso ciego, A tiempo que de ráfaga impelida, De la hoja desprendida, Llegó á caer y disiparse luego. Tal ví una vez en mi jardín acaso; Y prueba así este caso, Que el mundano esplendor es de un momento. La vida nada, y el orgullo, viento,





À LA STA. MERCEDES LIMARDO

EL COLOQUIO DE DOS ÁNGELES.

A quien el pudor sonroja
Porque sus rosas deshoja
En su seno la mañana,
Dos ángeles se mecían
Y reían.

Reían de que jugando,
Al pasar entre arreboles,
Visto hubieran tantos soles
En el espacio flotando,
Y de haber corrido mundos
En segundos.

Cual piedra que salva montes Arrojada, así, de un paso, Saltaron de Oriente á Ocaso, Atrás dejando horizontes Y de luz inmensos mares Á millares. Muy alto misterio encierra El viaje de estos audaces Y juguetones rapaces, Que al acercarse á la tierra, Desde la nube en que estaban Te miraban.

Era su origen sabido
Por ambos; mas de los dos
Miriel en cosas de Dios
Fué siempre el más entendido,
Y en el coloquio que hubieron,
Se dijeron:

Minsul.— ¿ Es cierto que al nacer ella Frescos efluvios y olores Dieron las místicas flores, Y corrió de estrella á estrella La nueva en la inmensidad?

MIRIEL.

Es verdad.-

ä.

Minsul.— Dicen que en ese momento, Más que diamantes, dió finas El alba perlas divinas—

Miriel. — Admirando yo el portento, Cogí en mi cesto esas perlas Para verlas. MINSUL. - Su talento es envidiable Cuentan, ella toda un oro, Y de virtudes tesoro. Si no es su nombre inefable, ¿ Decirme su nombre puedes ?-

MIRIEL.

Es Mercedes.-

Tras esto rasgando el tul Oue cubre el brillante cielo, Se perdieron en su vuelo Por la ancha bóveda azul, Y á la nube, sola, viste, Y hasta triste.

188o.





MADRIGAL

De que es retrato fiel la mariposa :
Al despuntar el día
Se ufana entre las flores,
Á quienes vence en vívidos colores,
Imagen de variada pedrería :
De ella imitan cambiantes las espumas,
Su faja el iris, y el pavón sus plumas ;
Recorre fuentes, montes, valles, ríos,
Hace al herirla el sol vistoso alarde
De gayos atavíos;
Y ya no existe al decaer la tarde.

1881.





À LELIA

—Yo no sé si es la que ví.
—Sus señas pronto me dí,
A ver si es ella, mi amor.

— Cada vez que el sol asoma, La que ví, su viaje arranca De aquella casita blanca Que allá se mira en la loma,

Para bajar á este valle Florido, donde Dios quiso Que haya nuevo paraíso, Y todo encanto se halle.

Más que en otras la serrana Esta vez bajó donosa, Cual las nubes caprichosa, Y linda cual la mañana; Cual la mañana en que el sol, Si claro se deja ver, Cada punto es rosicler Y cada tinta arrebol.

Hace poco, en esta fuente, Como de amor finos dardos, Pasó cogiendo unos nardos Para adorno de su frente.

—¿ Pero sus señas?—Son mil. Retratarla en vano fuera; Piénsa lo que es primavera Cuando está reinando Abril.

— ¿ Y su andar ?—Todo él donaire.
— ¿Y su boca ?—Una sonrisa
De que toma olor la brisa
Para perfumar el aire.

-; Es Lelia! ; Y nada te dijo?
- Dijo que sólo contenta
Era con estar exenta
De todo amante prolijo;

Oue es falsa la humana fe, Que todo amor es engaño, Oue al que la obsequie, mal año; Todo esto me dijo, y que.....

— No me digas más, que cuando Ser ésta mi suerte entiendo ; Si ella de mí siempre huyendo, He yo de vivirla amando.

1881.





EL VESPERO

Á MI SOBRINA LA SEÑORITA SOLEDAD ACOSTA ORTIZ,

EN SU ÁLBUM,

TEGN flamigero carro Que en ejes lude en que restalla el fuego, Y con vivo esplendor al orbe inunda, Baja cual rey el sol, y cuando luégo, Entre torrentes de su luz fecunda, El áureo curso acaba, Aun le quedan reflejos, Morir queriendo con real decoro, Para lucir de lejos Y pintar cada varia, nivea nube, Cuya belleza así realza y sube, Con franjas de carmín y rosas de oro; Hasta que al cabo en el supremo instante, Ya vestido de púrpura esplendente, Despidese el gigante Y en el mar se sepulta de Occidente.

No hav ya en el horizonte El variado matiz ni el colorido Con que dora la luz el arduo monte: Sólo pálidas quedan blancas huellas De un fulgor que ya es ido, Y con silencio santo Se extiende luégo el azulado manto, Descubridor del mundo y las estrellas. Este casto color que nadie nombra, Por lo indeciso y vago, Sino con formas de expresión distintas, La ausencia muestra de vivaces tintas, La lucha de la luz y de la sombra. Baja la calma al suelo, En lo alto reina la tranquila tarde; Y en el azul del cielo. Cual diamante engastado, Venus arde.

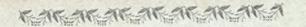
¡ Oh Véspero inmortal! ¿ Quién confidente De secretos te hizo Y amorosas querellas, Sagrada para tí la menor de ellas? Si acaso llama ardiente De afecto bien sentido y mal pagado, El ambicioso corazón calcina, Tú arrancas al dolor la aguda espina, Derramas miel en la doliente alma, Y con callada voz que habla de lejos, Envias tus consejos Y restituyes la perdida calma. ¿ Oué de veces también logré la mía Contigo hablando!.... Enfurecido el viento, Sin velamen, sin jarcias y aun sin rumbo La nave en medio del fragor crujía, Yendo de tumbo en tumbo, Y negra noche y negras brumas solas Eran fúnebre palio de las olas En el piélago inmenso: tal la imagen, Tal fué el horrible temporal deshecho Oue una vez contrastó mi flébil pecho. Y así de triste estaba, Tanta era mi amargura, Que alzando el ruego á la sublime altura, Transido de dolor, por paz clamaba. Y la hallé al fin en tu benigno influjo Y en los suaves destellos de tu disco, Oue semeja en su luz á toda hora La mirada de un ángel cuando adora. Te vi tranquilo en el confin remoto, Después de cien borrascas siempre inmoto, Y al notar tu valor v paz serena,

Disiparse sentí mi amarga pena.

No me olvides jamás, astro divino, Sé propicio á mi suerte; Y cuando venga el viento airado, fuerte, Á torcer en los mares mi camino, Sé el piloto en mi rumbo y mi destino.

1881.



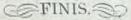


EPIGRAMA

A

Con motivo de haber dicho que era un mamarracho un proyecto de Banco Agrícola hecho por CECILIO ACOSTA y aprobado por el comercio.

Charto de cebollas y ajos, Despues de muchos trabajos, Una vez un aldeano Alcanzó á ser ciudadano: Hasta á hacer real llegó el zote, Con lo cual se hizo un Ouijote; Algo más, llegó á ser mono De lo que él creyó buen tono; Y como el muy importuno Ovese una vez á uno Decir mamarracho à algo, Se le quedó al nuevo hidalgo El vocablo tan impreso. Y tan lleno de él el seso. Que á cada rato, á porfía, Por cuanta cosa veía, Rebuznaba siempre el macho: "Eso es sólo un mamarracho"



ÍNDICE.

Pági	nas
DON CECILIO ACOSTA, por Victor Antonio Zerpa	5
DON CECILIO ACOSTA, por el Doctor D. Juan de	
Dios Mendez, hijo	49
A LA LIBERTAD (Soneto)	53
PARA EL ÁLBUM DE LA SEÑORA N	55
FRAGMENTO DE UN POEMA TITULADO "LA MUJER"	61
A UNA HOJA DISECADA	73
A LA MEMORIA DEL JOVEN JOSÉ VICENTE FRAN-	
CESCH1	75
A ELLA (para un álbum)	79
EPITAFIO SOBRE LA TUMBA DE UNA NIÑA	83
A LA SEÑORITA ANA HORTENSIA RIVAS Y MARTÍN	85
CARTA EN VERSO DE DON MIGUEL ANTONIO CARO	
Á DON CECIL'O ACOSTA	91
Contestación. A mi distinguido amigo y colega	
Don Miguel Antonio Caro	95
LA CASITA BLANCA (en un álbum)	101
EL ROBO HECHO POR DELIA. Madrigat	107
LA GOTA DE ROCÍO	109
A LA SEÑORITA MERCEDES LIMARDO. (El coloquio	
de dos ángeles)	111
Madrigal. (El placer)	115
A LELIA	117
EL VÉSPERO	121
TOUGRAMA	195

